

COMEDIA FAMOSA.

LOS ASPIDES

DE CLEOPATRA.

DE DON FRANCISCO DE ROXAS.

Hablan en ella las Personas siguientes.

*Cleopatra.**Marco Antonio.**Otaviano.**Lepido.**Lelio, Viejo.**Otavio.**Irene.**Cayman, Gracioso.**Libia, Criada.**Una Mujer.**Un Sargento.**Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

*Salen Irene, y Lepido.**Iren.* Canfado, Lepido, estas.*Lep.* Irene, tengote amor.*Iren.* No te yela mi rigor?*Lep.* Defdenes encienden mas.*Iren.* Y los defsaies? *Lep.* Tambien.*Iren.* Confieftote, que es verdad,

que á una necia voluntad

la dá fazon un defden.

Si cae fobre amor, yo fiento,

que es el defsaie donaire;

mas no fi cae el defsaie

fobre un aborrecimiento.

Y afsi, pues tu engaño ignora,

que tu amor aborreci,

lo que te encendiò hafta aquí,

te puede elar defde ahora.

Lep. Pues ya que caber merezco,que no me quierdes? *Iren.* Deten;

no es que no te quiero bien.

Lep. Pues di, qué es? *Iren.* Que te aborrezco.*Lep.* Efte extremo no es igual?*Iren.* Diferente viene á fer:

una cosa es no querer,

y es otra querer mui mal.

Lep. Y en fin, me dices aquí:*Iren.* Ya tu oido lo elcuchò.*Lep.* Que no me has querido? *Iren.* No.*Lep.* Y que me aborreces? *Iren.* Si.*Lep.* Con la amorofa pefion

no penfaran mis agravios,

que lo que hablaban tus labios,

dictaba tu corazon;

mas la caufa he de faber,

porquê aborreces mi nombre.

Iren. No puedo querer á un hombre,

á quien venciò una muger.

Lep. Aunque Cleopatra cruel

me venciò, el fer vencedor

no eftá en manos del valor,

la fortuna dá el laurel.

Venciòme, y aun te afsegura

efta verdad inclinada,

que á no vencerme fu efpada,

me venciera fu hermafura,

que es tan bella: *Iren.* Ten, que efpero

pedirte (fi eres confiante)

que te vengues como amante;

pero no como groffero.

Que yo no he dicho verás

en efto defden primero,

con decir, que no te quiero,

que á otro amante quiero mas;

y tu venganza procura

tanto encender mi tibieza,

que alabas otra belleza,

galanteando mi hermafura.

Pues refrena tu ofadia

como amante, que no es bien

fatifacer un defden

con toda una grofferia.

Lep. Que á ti te alabo verás

(fi lo miras ingeniofa)

que es hacerte mas hermafura,

eltarte queriendo mas.

De alabarla fin amor.

A

que

que ofensa te puedo hacer,
si esto es darte a ti á entender,
que me pareces mejor.

Iren. Yo aborrezco á Cleopatra, ya lo sabes,
y ni aun poco no quiero que la alabes.

Lep. Tu me aborreces. *Iren.* Tu me desobligas.

Lep. Pues ni aun esto no quiero q me digas;
de Marco Antonio tengo estos recelos.

Iren. Tu eres el que te das a tí los celos.

Lep. Que le quieras á fiero.

Iren. Cortés loí, no te he dicho que le quiero.

Lep. Pero tu amor, su amor ha preferido.

Iren. Es galan, es valiente, y entendido.

Lep. Con la voz de la Palma militante,
tres veces Roma me aclamó triumphante.

Iren. Y Cleopatra eclypar tu luz procura.

Lep. Es hermosa, y venció con la hermosura.

Iren. De grosero otra vez das testimonio.

Lep. Y tu, por qué alabaste á Marco Antonio?

Iren. Dices bien, ya lo veo,
resbalóse la voz por el deseo.

Lep. Pues no te cause enojos,
que se fuese mi lengua ázia mis ojos.

Iren. No me quieras, y alaba á quié quisieres.

Lep. Qué prolijas nacisteis las mugeres!
Tocan clarines, y fordinas.

Iren. Mas qué clarín el parce poco atento
las raridades que concierta el viento?

Lep. Mas que fordinas con accentos graves
divierten la capilla de las aves?

Iren. Triúfando allí un Exército ha ocurrido.

Lep. Y otro exercito allí marcha vencido.

Iren. O, si el Cielo quisiera,
que Marco Antonio el q ha vencido fuera!
que aunq es mi hermano Cesar Otaviano,
es mi amante primero que mi hermano.

Lep. Si el Cielo ha permitido,
que Marco Antonio sea el que ha vencido!
que aunq de tu amistad tanto me obligo,
es mi davia primero que mi amigo.

Iren. Marco Antonio es aquel, aquel mi herma-

Lep. Eite que llega es Cesar Otaviano. (No.

Iren. Pues supla á mi deseo mi recato:
llega en buen hora, honor del Triúbirato.

Lep. Llega á mis brazos, toma,
llega en buen hora, libertad de Roma.

Iren. Mis lazos te prevengan á tus lazos.

Lep. El corazón traducir en los brazos.

Iren. Esta fineza en tu valor se estrene.

Salen Marco Antonio, y Otaviano.

Ota. O, Lepido! *Lep.* O, Otaviano!

Ant. O, bella Irenel! *Iren.* O, dulce dueño mio,

movil, que arrastra todo mi alvedrio!
como vienes? *Ant.* Venci.

Lep. Como te ha ido?

no me responderás? *Ota.* Vengo vencido.

Iren. Morte lo ha permitido soberano.

Ant. Dexame ver á Cesar Otaviano.

Ota. A Antonio quiero hablar.

Lep. A mi enemigo.

Ant. Lepido? *Iren.* Hermano?

Ota. hene? amigo? *Ant.* Amigo?

Ota. Qué tristeza á tus ojos ha ocurrido?

Ant. De hallarte con insignias de vencido.

Qué alegría te ofrece á tu semblante?

Ota. De mirarte con señas de triumphante.

Ant. Como oy a tu valor tu ruina estrena,
se equivoco mi gloria con tu pena.

Ota. Y como tu has logrado una victoria,
se moderó mi pena con tu gloria.

Ant. Agradezco la fe de tu cuidado (zado.

Ota. Cuétame, Antonio, el triúpho, q has go-

Ant. Cuétame aquefía lid sangrienta, y fiera.

Ota. Fue desta suerte. *Ant.* Fue desta manera.

Ota. Ya te acuerdas, Antonio, de aquel día,

que armados de ambiciosa bazarria
fuimos los tres á conquistar el Mundo?

Ant. Y que tocó á mi acero sin segundo
el Asia. *Ota.* A mi la Europa dilatada.

Lep. El Africa á los filos de mi espada.

Ota. Y que los tres con amigable trato,
hicimos este heroico Triúmbirato:

Jupiter quiera, que felice goce
la tierra Austral, que el runibo desconoce.

Lep. Ya sabes, que por suerte, ó por estrella,
me venció por la mar Cleopatra bella.

Ant. Y que sabiendo tu infelice suerte,
volví del Asia solo á focorroite,

Ota. Que echamos los dos fuertes,

Ant. Ya lo digo.

Ota. Que le tocó á mi brazo este castigo,
que por la mar, con ira, y osadía,
fui á rendir á Cleopatra á Alexandria.

Ant. Que al Asia me volví.

Lep. Q, e yo conido;

en Roma entences me quedé vencido.

Ant. Es esto así? *Lep.* Mi indignació lo llora.

Ant. Pues oye ahora. *Ota.* Pues escucha ahora.

Quando el Alba, y Aurora en luces bellas,

salen reconociendo las Estrellas;

quando el tardo Lucero, sin decoro,

murmurando cita el Sol bostezos de oro;

y el pixaro de verdes plumas rico,

afila al tronco el argentado pico,

reto-

retoza el càn, y la que ruge fiera
muestra la preta con que Tygre espera:
chupa el clàvel el líquido rocío,
azota el pez las margenes del río,
y en repetido talamo dichoso
la tortola se arrulla con su esposo.
Parti cortando al mar la verde bruma
en trescientos Centauros de la espuma,
pues volar, y correr cada qual sabe,
el medio cuerpo pez, y el medio ave.

Ans. La Reyna entre las flores pelegrinas,
encargó su custodia à las elpinas,
y Clidie, que por Phebo se desvela,
era del campo fixa centinela.
Rocio el Alba con agua destilada
à la Luna, hasta entonces desmayada,
y esta con animosa cobardia,
del delinayo volvió, que la dió el día;
y a una Estrella se sale desunido,
por aflechar al Sol donde se ha ido:
y porque vuelen graves,
le dió la sombra luz à tardas aves:
quando marché con treinta mil Soldados,
seguros todos, porque son pagados.

Ora. Apenas con cuidado diligente
encargamos las velas al Poniente,
quando vapores del crystal sediento
tramaron nubes, que texia el viento.
El día obscureció, bramó el Siroco,
tubrióse el Sol de nieblas poco à poco:
erizóse al mar la esteril bruma,
que es el verde cabello de la espuma:
variaron descompuestos a bramidos
todos quatro Elementos desunidos:
solo la vista à solo el riesgo veia,
de mucho oír, el oído nada oia.
Ya no acierta el gobierno el timonero,
no encuentra con la escota el marinero:
el mas hallado es el que mas se ofusca,
da en el fagon el que la bomba busca.
El padre allí del hijo es enemigo,
no le acuerda el amigo del amigo:
qual huvo, que à la sombra agradecia,
por no ver todo el mar, que se encendia.
Qual huvo, que el riesgo deseaba,
por vér aquel elpacio que duraba:
toda mi hueste en una voz se quexa,
pero a ninguno aprovechó la quexa.
Y qual huvo, q al vér, no bien mirados,
cubierto el mar de arboles tronchados,
tan ciego acierta, y tan despierto yeria,
que al mar saltó pensando que era tierra.

Ans. A mi me ayudó tanto la fortuna,
que el inán de las aguas (que es la Luna
influyendo por todas las Estrellas,
me señaló serenidades bellas.

A la sed que fatiga à mis Soldados,
arroyos se desangran por los prados:
ardiente Ettio me ofreció à razimos,
ociosa fruta en arboles opimos.

Arbol allí mas grato
ofreció calambucos al olfato:
y con sonoro, y ajustado ruido,
las aves consonancias al oído.

La selva, y prado en líquidos despojos
dieron amenidades à los ojos;
y como Estrella nos influye amiga,
el ocio fué nuestra mayor fatiga.
Y en fin, como suaves
nos saludaron las pintadas aves,
el prado, el arroyuelo,
la selva, el monte, la Luna, el Sol, y el Cielo,
sin inconstancia alguna.

no se halló quien creyese que ay fortuna.
Ora. Soló el arco de paz, serenó el día,
y en la playa me hallé de Alexandria;
salté en Egypto, que es donde idolatra
el Sol los bellos Sules de Cleopatra.
Desembarcamos en la playa apenas,
el llanto se rió con las arenas:
y aunque en la arena estaba,
la planta aun no creyó lo que pisaba:
quando con ira ardiente
me acomere Cleopatra de repente
por la margen de un río clara, y pura,
quien ha visto con maña la hermosura.
Resistirla procuran mis Soldados,
y moverle no pueden de cantados:
allí con ira extraña
se aprovechó de la ocasión la saña;
el alarido, y confusion crecia,
lo que antes fue crystal, ya es sangre fria.
Aquel herido, y fiero,
lidiaba con su mismo compa ñero:
desesperado aquel quando embestía,
no por matar, que por morir reñia.
Uno allí desangrado,
sangre bebe, que aquel ha derramados:
pero si aquella se desmaya en breve,
vuelve a alentar con la que al otro bebe.
Aquel, que ni se anima, ni acobarda,
esperando la lid, la muerte aguarda;
huye un Soldado, sin que el riesgo aguardo
y le alcanza la muerte de cobarde.

Otro acomete allí mas diligente,
y se busca su muerte de valiente,
que no se libran de la muerte fiera,
ni el que huyen, ni el q' embitte, ni el q' espera.

Ant. Yo, con valor, enojo, y ofidia,
al Reyno de los Partos llegué un dia:
talio un Rey, su vestidura era
de pieles remendadas de Pantera.
Saco eminentes, pero no constantes,
Castillos sobre elpaldas de Elefantes.
Son sus altas trincheras Valuartes,
que al Sol encubren roxos Estandartes;
mas dixé (como el mundo no me asombra)

no importa, pelearemos a la sombra.
De noble ira, no de ardid armada,
mi gente le embittió desbaratada,
mis Tropas se dividen una á una,
pero las concertaba la fortuna.

Si en proporcion el Parto acometia,
su misma ceguedad le dividia.
De emboscada miré salir airados
sobre veinte Elefantes mil Soldados,

y aunque iban fixos antes,
tienen tal propiedad los Elefantes,
que si tropiezan (sea del pelo, ó pena)
no pueden levantarse de la arena;
y es preciso, si quieres ir delante,
que el mismo que los guia, los levante;
pues quando me buscaron,
en un reducto que hice tropezaron,

y como el que primero acometia
levantarse a si mismo no podia,
quedaba entre la arena sepultado
á un tiempo el Elefante, y el Soldado.

Ota. Sobre un caballo, paxaro sin pluma,
que pasó á nado el golfo de la espuma,
que quando el freno su altivez tujeta,
irritado á la voz de la trompeta,
alzó tanto al pisar las peñas duras,
que él mismo se miró las erraduras,
salíó Cleopatra, mas divina Aurora,
animando su huéste vencedora.

Retirarme otra vez al mar procuro,
y menos de las aguas me aseguro;
recojo algunos, que morir quisieron,
y de ser desdichados no muieron.

Ant. Al Parto venzo, y viédome triumphan-
tu Rey me llama el Asia militante. (te.

Ota. Surco el Mediterraneo, á Roma llevo,
rendido de Cleopatra al dulce fuego. ap.

Ant. Las aves me repren la victoria,
los bronces la dedican á la historia.

Ota. Acuerdanne entre aquellas peñas fieras

mi ruinas negras sombras agoreras.

Ant. Llego a verte, y hallandote vencido,
yo, me parece, que el vencido he sido.

Ota. Hallote, y como al Asia has sujetado,
yo presumo que soi el que ha triumphado.

Ant. Tu voz por todo el Orbe se derrama.

Ota. Tu eres el que das lenguas a la fama.

Ant. Para que las edades sean testigos
de que somos los dos fieles amigos.

Ota. y Lep. Y a redir sus Provincias una á una
prestamos, Marco Antonio, tu fortuna.

Ant. Si haré, Cesar Otaviano,
y vive el movil primero,

á cuyo natural curso
se arrastran estos Cielos,

que ha de estrenarse Cleopatra
en las iras de mi azero,

aunque embotados de herir
tenga sus filos sangrientos:

Marchad otra vez, Soldados,
y me pesa que este empeño

sea vencer a una muger,
quando tantos Reynos venzo.

Lepido, si tu desdicha
te ha vencido, y no tu esfuerzo:

Otaviano, si tu Estrella
te ha vencido, y no tu aliento:

yo, que soi vuestra fortuna,
vengar á los dos prometo,

antes que á el ocio le encargue
este vencedor azero.

Solo descanso en la lid;
ea, á descansar marchemos;

alto á embarcarnos, amigos,
aren el mar con sus remos,

para sembrarle de sangre
estos inconstantes lenos.

Ea, a vencer a Cleopatra,
este encanto descifremos;

que no ha podido el valor
vér, viendo mucho, estar ciego.

A Dios, Cesar Otaviano. *bace que se va.*

Ota. Esperate, que primero
te he de cumplir la palabra,

que te he prometido. Al tiempo
que al Asia fuiste, ya sabes,

que fue de los dos concierto,
que viniendo de la guerra

vencedor, fuiste tu dueño
hrene mi hermosa hermana:

tu has vencido ya, y supuesto
que haces tu por mi lo mas,

que

que es vengarme, yo pretendo darte, pues me está tan bien, á mi hermana, que es lo menos. Irene, dadle la mano.

Lep. Echás á perder con esto nuestra venganza, Otaviano: vesle, que airado, y sangriento se irrita de nuestro agravio, y á tu ruina delatento, quando le hallas diligente, le sollicitas suspenso: Dexale vencer aora, que estorvar es defacierto las atenciones de Marte con las delicias de Venus.

Ant. Los dos decís bien, amigos, y así tomando el consejo de Lepido, y Otaviano, el favor agradeciendo, doi la mano, y no la doi. Bella hene, ya soi vuestro: pero antes que en estos lazos se suspenda este ardimiento, y antes que pague amoroso deudas de consorte al lecho, he de vencer á Cleopatra, con que cumplo á un mismo tiempo, quedando por dueño suyo, y yendo á vengaros luego, con el duelo de amittad, y de mi amor en el duelo: tuyo soi, Lepido amigo.

Lep. Qué dices: de zelos muero. *ap.*

Ant. Que avises á mis Soldados, que á marchar estén dispuestos, que al Africa he de embarcarme.

Lep. Tus ordenes obedezco: vengue me el Cielo de ti. *Vas.*

Ota. Bella Irene: *Iren.* César nuevo!

Ota. Dexanos solos, que hablar á Marco Antonio en secreto conviene á un cuidado mio.

Iren. Si tanto importa, ya os dexo: menos valiente quisiera, y mas amante á mi dueño. *Vas.*

Ota. Ya estamos solos. *Ant.* Si, amigo.

Ota. Ninguno nos oye. *Ant.* Es cierto.

Ota. Pues salga al oido tuyo todo en voces mi silencio.

Ant. Qué tienes: dime tu mal.

Ota. O pluguiera á mi deseo, que en mi lengua, y en su voz:

cupiera mi sentimiento!

Ant. No este cobarde tu pena.

Ota. Como quieres tu, que á un tiempo de una grande cobardia informe un atrevimiento?

Ant. Cobardia: qué, has huido? volviste la espalda al riesgo?

Ota. Mayor mal. *Ant.* No puede ser.

Ota. Oye, y labras el lucello:

Amigo, yo via Cleopatra.

Ant. Tened, que has dicho mas presto de lo que explicarlos quieres

ya todos tus pensamientos:

te aficionó su hermosura:

responde. *Ota.* Pluguiera al Cielo: que la aficion no es amor.

Ant. Qué es? *Ota.* Un tibio deseo,

que está pintado en el alma

al temple de los afectos,

á quien qualquier accidente

(sea de tibieza, ó zelos)

con ser los que le hacen mas,

le templan en ser lo menos.

Ant. Pues qué tienes? *Ota.* Tengo amor,

y está al olio tan impresso

en el corazon, adonde

fué toda aficion bosquejo,

que no le podrá borrar

el Pintor mas sabio, y diestro,

ni de los zelos las sombras,

ni de la ausencia los lexos.

Yo vi á Cleopatra divina

(como te dixé primero)

y mis ojos navegaron

las ondas de tu cabello.

Anegué me en su hermosura,

y dixé, al ver, sus luzeros:

Como causan la borrasca

los que influyen tan serenos?

Ay de mí! que ya no soi,

ni puedo ser aquel mesmo,

que builó como dormido

lo que llora como ciego.

Venidome, y en amoreme;

pero no hite mucho en esto,

que me rindió el corazon,

y es el el que da el esfuero.

Tu eres mi amigo, y mi hermano,

tu partes aora al Reyno

de Cleopatra, á conquistar

los imposibles de un cielo.

Tu eres dichoso, yo soi

el mas infelice extremo
de la fortuna inconstante,
tanto, que en las lides, echo
a perder con mi fortuna
quanto emprendo con mi azero.
A ti todas las Estrellas
te favorecen, yo tengo
por tres enemigos míos
a Jupiter, Marte, y Venus:
y en fin, soy tan infeliz,
que me he enamorado, en esto
conocerás mi fortuna.

Y así, noble amigo (puesto
que eres dichoso) hazme tu
feliz, conquistame el Cetro
de Cleopatra, Sol de Egipto,
ve a conquistarme el Imperio
de tus ojos, a quien paga
el Dios de la venda feudo.
Si la vences con tu dicha,
quedate tu con tu Reyno,
y parte luego conmigo
tu hermosuras; yo no puedo
lograrne por mi esta dicha;
tenme lastima, que llevo
a hacer las lagrimas voces,
y hacer ojos tus acentos.
Venice, y logre yo tus rayos,
y pues ha sido concierto
partir los dos, como amigos,
del mundo todos los Reynos;
tomate tu todo el mundo,
y dame a Cleopatra en precio;
porque vale mas Cleopatra,
que es lo que yo estimo, y quiero.

Ant. Con sentir verte vencido,
no es esto lo que mas siento,
sino que pueda en ti mas
un amor, que un vencimiento.
Tus que das voz a la fama,
a las edades exemplo,
has de ser de un ciego Dios
indigno, y extraño objeto:
Templa, templa, estas pasiones.

Ota. Amigo, Antonio, no puedo.

Ant. Tu con ojos en las lides
y tu en las delicias ciego:
tu enamorado? *Ota.* Pues tu
no tienes amor? *Ant.* Confieso
que a Irene tu hermana adoro
ya por mi espola, y mi dueño;
pero es amor tan templado,

que a vengarte voy resuelto,
por no embarazar mi ira
con mi amor: luego es primero
todo este valor que irrita,
que todo este amor, que templo?

Ota. Como ya Irene es tuya
estás templado. *Ant.* No es esto,
sino que es ofensa mia
la que es de los dos, y quiero
en dos extremos tan grandes,
valor, y amor, que sea menos
amor, que es extremo, y vicio,
que valor, virtud, y extremo:
convencete. *Ota.* No es posible.

Ant. Indigna el valor. *Ota.* No acierto.

Ant. Y la adorarás. *Ota.* No es humana.

Ant. No ay remedio. *Ota.* No ay remedio.

Ant. Pues si puesto que te miro
incapaz de mi consejo,
y pues tu no puedes mas
contigo, tampoco puedo
faltar a la obligacion,
que a mi fe, y mi sangre debo,
yo te entregaré vencido
este aparenre portento,
que le han fingido imposible,
los entes de tus deseos.
Marchad al puerto, Soldados;
Otaviano, yo prometo
de no volver a la Europa,
sin que a ti, Rey verdadero
de la otra mitad del mundo,
que con mi espada grangeo:
traiga, para eterna fama,
la gran Cleopatra por feudo.

Ota. Eres mi amigo. *Ant.* Y tu hermano,

Ota. Y en fin prometes de nuevo,
que será mia Cleopatra,
si la vences? *Ant.* Al Sol mismo
pondré a tus plantas. *Ota.* Mis brazos
son de tus lealtades premio.

Ant. Quedate. *Ota.* El Cielo te guarde:
mira, amigo, que rezelos:

Ant. Fortuna tengo, y valor.

Ota. Rezelos. *Ant.* No tengas miedo.

Ota. Que Cleopatra.

Salen Irene, y Lepido por dos puertas.

Ire. Ya otra vez

al ruido del metal hueco
se concertan tus Soldados.

Lep. Ya el son de Marte sangriento
templadas las caxas tocan

a mar-

à marchar. *Ant.* Ea, marchemos,
hijos míos: bella Irene,
dame los brazos. *Iren.* En ellos
quisiera dexarte el alma. *Abrazanse.*

Ant. Yo venire à adorarte. *Iren.* El Cielo
te vuelva à Europa. *Ant.* El querrà,
que goce tus brazos presto:
Lepido, a Dios. *Lep.* El le traiga
tan presto como deiteo.

Ota. Mira, que me das palabra.

A la puerta.

Ant. No acuerdes lo que te ofrezco,
la lealtad tiene memoria.

Iren. Advierte, espoto, que temo.

Ant. No temas. *Iren.* Quierote bien.

Ant. Pues advertid, que si dentro
de un año no hayan venido
señas de mi vencimiento,
es, que el valor, y fortuna
se han trocado tan adversos,
que el la ha influido desdichas,
y ella amenaza los riesgos,
y me iréis a socorrer.

Lep. Yo lo juro. *Ota.* Yo lo ofrezco.

Iren. Y yo he de ir à acompañarlos.

Ant. Elto admito. *Ota.* Elto conciertos
dadle laules, fortuna.

Iren. Volved, à Europa, deiteos.

Ant. Traigame el Cielo triumphante.

Lep. No vuelvas, ruego à los Cielos.

Vanse, y sale Cayman.

Cay. Yo soi un pobre Romano,
que vino sin cobardia
al Reino de Alexandria
con el Cesar Otaviano,
y en la baralla despues,
viendo que con los Gitanos
no me valian las manos,
me aproveché de los pies:
pero yo estoi satisfecho,
que huir, como hombre mortal,
luego, luego, hace gran mal,
despues, despues gran provecho.
Que queda un hombre corrido
dice el valga:cho malvado;
mas al huir me he quedado
como fino huviera huido.

Dixome Otaviano fiero

de su ruina el asan:

dí, por qué huyes Cayman?

y yo dixé, porque quiero.

Si mueres (dixó) es muy cierto,

que tu fama el Orbe aclama:
y qué he de hacer con la fama
(le dixé) despues de muerto?
Señores, no es necesidad,
que haya hombre de tal suerte,
que se dexé dar la muerte,
por tener poiternidad?
Por dar líneas à la hístoria
haya quien llegue a lidiar:
Qué se entre un hombre à matar
por dexar grande memoria:
Hombre, a tu valor incierto
el engaño te apercibo:
no hai quien se acuerde de un vivo,
y quiere memoria un muerto!
Ahora, volvamos al caso:
en la lid sangrienta, y dura,
deste monte en la espétura,
me escapé passo entre passo?
Volvieronse los Romanos;
pero aunque en Alexandria
se quedò mi cobardia,
no me conocen Gitanos.
Pues estoi pobre, yo quiero
(ya que no soi buen Soldado)
buscar un oficio honrado,
que me valga algun dinero.
Seré Sastre: es devocion
ser Sastre muy abatida,
que es andar toda la vida
acueñas con el pendon.
Aljebristas voi errado,
desconcertaré coltillas,
venderé lindas pastillas
de ambar, siendo pan maseado.
Elto no se disimula,
ya no sé fraguarlas yo.
Hárme Médico: no,
sé mucho, y no tengo mula.
Con ropón feré Letrado,
que libros no es menester.
Boticario quiero ser,
que es oficio redomado;
pues con vender cada vez,
que ocahon precifia halle,
quatro piedras de la calle,
molida en el almirez:
con hacer polvos de un bolo,
y vender à tontos mil
el acceyte del candil
por acceyte de Vitriolo:
con que venda à quantos vén,

que

que en mi tienda se trabaja
 el agua de la tinaja,
 por el agua de llanten.
 Y por xarave despues
 vender miel de letuario,
 que dá un hombre Boticario,
 y queda rico en un mes.
 Pero no quedarán salvas
 honra, y fama, que he guardado,
 que dirán que un hombre honrado
 ha nacido entre las malvas.
 Seré alcahuete: No quiere
 mi codicia, que es mi fama:
 no le dan nada á una dama,
 qué darán á un alcahuete?
 Pues á qué oficio idolatra
 mi codiciolo delvelo? *Sale Libia.*

Lib. Justicia venga del Cielo
 sobre la Reina Cleopatra.
 Apelaré del rigor
 con que al precepto me irritó:
 qué haya mandado en Egypto,
 que no haya quien tenga amor!
 Qué con tu casta pureza,
 la cruel Cleopatra intente
 derogar por accidente,
 lo que obra naturaleza!
 Si con ser irracionales
 en la tierra, y mar, mejor
 se tienen tambien amor
 peces, plantas, y animales.
 Desde que ha que todos ven
 este precepto inoportuno,
 no encuentro hombre ninguno,
 que no me parezca bien.
 Con dos mil faltas escojo
 á todos; tan torpe soi,
 que tras un tuerto me voi,
 porque me hace del ojo.
 Y quando llegue á faltar
 un tuerto, que querré advierto
 á un calvo, con ser bien cierto,
 que no le puedo pelar.
 A un lindo, mi tema rara
 le pone docientos nombres;
 si es feo, digo: Los hombres
 no han de tener buena cara.
 Si un chiquito hallo en la calle,
 digo: Aquelste me merece.
 Si un largo: Qué bien parece
 en los hombres un buen talle!
 Y de tal suerte se ven

mis anlias, porque me asombre,
 que vengo tras este hombre,
 porque me parece bien.

Qué nuestra Reina aperciba
 (porque su virtud se crea)
 que la que adultera sea,
 la saquen á quemar viva!

Y qué otra ley nos advierta,
 porque el riesgo se repare,
 que la que se descuidare,
 la saquen á quemar muerta!

Señores míos, protesto,
 que me endiablo, ó enquillotro:
 qué les queda para essotro,
 si queman aqui por estos?

Esta sujecion cansada
 mas á mi deseo aumenta;
 viva yo ahora contenta,
 y muera despues quemada.

Pero tengo tal estrellá,
 que no ha de querirme, creo:

Cay. Muger es esta, y deseo
 parecer hombre con ella.

Lib. Ya me llego: *Cay.* Hai tal menguado!
 qué tardo? quiero llegar.

Lib. Aunque me haya de quemar,
Cay. Sea Jupiter alabado.

Lib. Por liempres; passo adelante,
 pues ya en la ocasion me veo.

Cay. Havrá un poquito de empleo
 para un amor vergonzante!

Lib. No faltará. *Cay.* Qué piedad!

Lib. Llegue, y no tenga recelo;
 acerquese, hermano. *Cay.* El Cielo
 le pague la charidad.

Lib. Tome. *Dale la mano.*

Cay. Pagueoslo. Cupido:
 de hambre solo la tomo,
 tres meses ha que no como
 bocado de lo que pido.
 Ya que en amoroso lazo
 tan piadosa os alargais,
 que un poco de mano dais,
 dadme un bocado de un brazo.

Lib. Tomele. *Abrazale.*

Cay. Qué alma tan pia!

Lib. Yo soi una pecadora:
 oyeme, hermano? *Cay.* Señora.

Lib. Vengate acá otro dia:
 mas á quererle me incito.

Cay. Digame, por qué razón?

Lib. Hermano, la privacion

es causa del apetito.

Cay Su fineza he de estimar,
y seré amante mui fiel.

Lib. Ruego al Cielo, que por él
no me saquen a quemar.

Cay. Quemar? *Lib.* Es ley promulgada
contra el humano apetito.

Cay. Si ello es despues del delito,
quemante, no importa nada.

Y en el castigo se encierra
el hombre tambien? *Lib.* No. *Cay.* Di,

tolo a las mugeres? *Lib.* Si.

Cay. No me voi yo desta tierra.

Lib. Con palsiones tan erradas,
como a amarme te acomodas?

Respondeme. *Cay.* Porque á todas
las quisiera ver quemadas:
y el querente ahora es,
porque en Jupiter confio:-

Lib. Qué confías, Cayman mio?

Cay. El que te quemar despues.

Dentro. Plaza, plaza.

Cay. Al Anfiteatro,

que esta del mar á la orilla,

la Reina entra. *Lib.* Marabilla

del Mundo es este Theatro.

Ya digo, que no te quiero.

Cay. Yo desde oy te he de querer,
que espero que te he de vér:-

Lib. En donde? *Cay.* En el Quemadero.

*Salen Cleopatra, Lelio barba Soldados, y
acompañamiento.*

Lel. Reina de Egipto, Sol de Alexandria,
luz, que escribe en la luz, que pautá el dia:

comparación tu sola á tu grandeza,

symbolo sola tu de tu pureza,

que el ser tan generosa,

te hace que parezcas mas hermosa:

excepcion de la regla (aun no creida)

pues no eres fea, y eres entendida,

que del amor burlaste los engaños,

prudente sin la costa de los años.

Oy, que de efcamas ruficas plateados

los peces, de tus luces deslumbrados,

salen del mar, que tu beldad serena,

hasta quedarfe en seco en el arena.

Oy, pues, que al permitir tus rayos roxos,

las Aguilas peligran en tus ojos,

quando hydropicos llegan sus desmayos

á beberfe el concurso de tus rayos.

Oy, que conoce la teñida rosa,

Cleo. Detente, no me alabes por hermosa,

en vano, Lelio, á mi beldad presieres:

alaba mi valor, si alabar quieres,
y no antepongas, quando yo te asombre,
indicios de muger á señas de hombre.

Yo no he vencido á Lepido el Romano?

Yo no teñi de espumas el mar cano?

Yo, de sus pompas, arboles, y quillas,

no he fabricado tumulto de atillas?

Yo no venci á Otaviano en esta playa,

que aunq se enoje, el mar le tiene á raya?

Yo no dexo gravada

en la testa de huello flecha alada

al Venado, que es, sin dar en gaños,

rufico chionilta de sus años,

pues para que los lea el que los cuente,

se imprime los instantes en la frente?

Yo á Marco Antonio, á quié el Asia aclama,

esse de quien es voz toda la fama,

á que venga no elpero

á ctreñarte en los filos de mi acero?

Pues este vencimiento, esta grandeza,

debes á mi valor, ó á mi belleza?

No los venció mi espada? Si, ella ha fidos

pues si mi espada es la que ha vencido,

y mi hermosura no, que no es segura,

no me alabes de oy mas á mi hermosura,

Quien puede haver, que sea tan ofiado,

que diga, que á mis ojos se ha inclinado?

que si alguno me diera esos enojos,

yo misma me sacara á mi mis ojos.

Y si esta alma, que á mi me anima rara,

del Sol (con ser Deidad) te enamorara,

dél mismo, al contemplarle,

me dexara cegar, por no mirarle.

O, quien trocara el sér, que he recibido!

de una muger me pela que he nacido,

por ser muger á ser flaqueza toca:

ó, si huviera nacido de una roca!

Lel. Sentarte ahora puedes,

que pues es dia oy de hacer mercedes,

pues con aplauso, que seran tus glorias,

celebra Alexandria tus victorias;

que renueves te digo

al perdon los preceptos del castigo.

Cleo. Qualquier delito mis piedades crea,

como romper la castidad no sea. *Sienta f...*

Lel. En aquellos dos verémos,

que has de sentenciar ahora.

Cleo. Quien son esos dos? *Lel.* Señora,

dos prodigios, dos extremos.

Uno está preso, porque

es tan tierno, ó es tan blando,

que esta siempre enamorando

á quantas mugeres vé,

Y otro quieré pretender
premios, que es justo que pida,
y es, de que en toda su vida
nunca ha hablado con muger.
Este pide, que te obligues
deita obediencia. *Cleo.* Está bien.

Lel. Y el otro pide tambien.

Cleo. Qué pide? *Lel.* Que le castigues.

Cleo. Extramo notable ha sido!

Lel. Que esto está probado infiere.

Cleo. En fin, uno a todas quiere,
y otro à ninguna ha querido?

Lel. El premio, y castigo libre
igual de justicia el peso.

Cleo. Pues sòitadme al que está presso,
y prendedme al que está libre.

Que esse que quiere una a una

à todas juntas, se infiere,

que pues à todas las quiere,

no tiene amor a ninguna.

Y por evidencia tèn

(aunque tu engaño lo ignora)

que esse que à ninguno adora,

es que à alguna quiere bien.

Pues perdone mi grandeza,

y castigue mi porfia,

del uno, la hy pocresia,

y del otro, la flaqueza.

Lel. Profigo por este. *Cleo.* Di.

Lel. Un hombre de baxa suerte

está condenado à muerte,

porque dice mal de ti.

Cleo. Qué dice? *Lel.* Ahora lo sabrás:

que eres (dice el maldiciente)

generosa solamente,

porque se diga, que das:

Y despues desta malicia,

con nueva temeridad,

que solo es en ti crueldad

lo que parece justicia.

Que eres soberbia, impaciente,

que eres una codiciosa,

y que el nacer tan dichosa

te hace parecer valiente.

Cleo. Hay atrevimiento igual?

y dime, *Lelio*, tambien,

si dice de alguno bien.

Lel. No hai de quien no diga mal.

Cleo. Pues yo revoco esta pena

por lo que à todos me iguala,

que era señal de ser mala,

si uixera, que era buena.

Sòitadle, y logre esta suerte:

pero en esto se repare,
que al punto que me alabare,
mando que le den la muerte;
porque en un extremo tal
no me estaba bien aqui,
que hable solo bien de mi,
quien de todos habla mal.

Cay. Señora, si así librais
el perdón para la ofensa,
si quando el castigo pienfa,
al que murmura premiais:
por Jupiter vuestro Dios,
os suplica mi cuidado,
que me admitais por criado,
que yo dire mal de vos;
que me recibais confio.

Cleo. En qué oficio? *Cay.* Si es razon,
pido, que me hagais bufon.

Cleo. Por qué? *Cay.* Porque soi mui frio.

Cleo. De donde sois? *Cay.* Soi Romano,
y ser Gitano querria.

Cleo. Quien os traxo à Alexandria?

Cay. Quien? el Cesar Otaviano.

Cleo. Y en la batalla se vé,

que os perdisteis. *Cay.* Reina, si,

al principio me perdi,

pero à la postre me hallé.

Huì de ti, y en Egipto

escondido he estado. *Cleo.* Pues

como huìste? *Cay.* Con los pies.

Cleo. Serás gallina. *Cay.* Un poquito.

Sale una Muger tapada.

Lel. La magar, que ves, esta
sentenciada a quemar. *Cay.* Palo.

Lel. Con un hombre su amor ciego,

tus preceptos ha violado,

el delito está probado.

Cleo. Pues executese luego.

Mag. Si estas lagrymas, que lloro

pueden templar tu rigor,

sabe, que él me tiene amor,

al passo que yo le adoro:

y acusele à tu piedad

este error escandaloso,

que con palabra de esposo

le entreguè mi voluntad;

à que me la cumpla aguarde

la piedad que en ti se elpera.

Cleo. No aguardarais que os la diera?

Mag. Ya me la ofrece. *Cleo.* Ya es tarde,

Lel. Que le perdoneis os digo,

que ha de parecer mui mal,

por ser muger principal,

la infamia de este castigo.

Otro castigo, era pena

moderada, Reyna piadosa.

Cle. De esta campaña espaciosa

de flores, y Apides llena,

dos Apides aplicada,

y en tus alevosos brazos

tengan ponzoñosos lazos,

que indicios de mi crueldad

la aflijan con tal dolor,

que se reduzca mortal,

en ponzoña irracional

la ponzoña del amor.

Esta sangre de amor ciego,

este tormento de sangre,

sea su castigo á sangre,

pues no queréis que sea fuego.

Mug. El Cielo (puesto que mueres)

con justicia soberana,

permira, Reyna tyrana,

que te mate un Aspid fiero.

Y tambien lle go á pedir,

que por mas sangrienta espada

mueras tan enamerada

como yo voi á morir.

Cle. Esta desdicha no espero,

pues con justa causa mueres.

Mug. Y si algun hombre quisieres,

te dé muerte con su azero.

Cle. Vete. *Mug.* El Cielo te maldiga:

vengueme el Cielo de ti.

Cle. Yo vivo segura en mi.

Mug. Y otra vez pido, enemiga,

que pruebes tanto el dolor,

que antes que yo en esta suerte,

pruebe efectos de la muerte,

pruebes efectos de amor.

De ti seas escarmiento,

y tengas como yo el fin.

Cle. Mas qué sonoro Clarin

rompe la region del viento?

Lel. Vuelve los ojos á la mar serena,

verás su playa de baxeles llena,

docientas, y mas Naves,

pezes del ayre, y de la espuma ayes,

con no seguro paso,

vienen cortando al mar el azul raso.

Un paxaro de pino, en vez de pluma,

hace de azul crystal nevada espuma;

con sus flamulas bellas carmesies,

sus arboles engalitan de rubies:

del evano que al Sol la cara empache,

la popa trae relieves de azabache;

de bronce el espolon, que le asegura

á quien supo bordar la arquitectura:

y trae (por que la tenga el Sol decoro)

palamenta de plata, y timon de oro.

Cay. Ya en el mar crystalino

las alas abatio de enfermo lino.

Lel. Ya el ancora á su curso alado enfrena,

fiada á la constancia de la arena. (rojado;

Cle. Ya un hóbre en nuestra orilla se ha ar,

llega á mis iras infeliz Soldado.

Lel. De paz es la Vándera que despliega:

llega, infeliz Soldado. *Cle.* Llegas,

y pues de tu valor das testimonio,

¿quien eres, Soldado?

Dent. Ant. Marco Antonio.

Cle. Temor de oír su nombre he recibido,

y esta es la vez primera, que he temido;

pero es valor este temor, primero

echar el velo á mi hermosura quiero;

que pues mi espada triumpho me asegura

no quiero que le venza mi hermosura.

Lel. Llegas, Romano. *Cle.* Toda soi de velo.

Echase el velo en la cara, y sale Marco

Antonio. (lo.)

Ant. Guarde, Cleopatra, tu hermosura el Cie

Cle. Vete, Cayman.

Cay. Obedecerte intento. *vase.*

Cle. Vete, Lelio. *Lel.* Si iré. *vase.*

Cle. Tomad asiento. *sentanse sin mirar, se*

Ant. Cleopatra valerosa,

(segun dice la fama muy hermosa)

que es lo que aora menos te asegura,

pues yo no he de rídime á tu hermosura;

Reyna de Egypto (no como solia,

porque oy ha de ser mia Alexandria)

Yo vengo (asi una ofensa restituyo)

á llevarte á mi Reyno por el tuyo.

Cle. Marco Antonio imprudente,

para con los cobardes muy valiente,

y segun el Clarin harmonioso,

para con infelices venturoso,

no Rey del Asia ya como solia,

porque el Asia tambien ha de ser mia;

vuelvete al mar salado,

fino quieres, quedando aprisionado

en mi Reyno, que llama Europa fuyo,

que vaya luego á conquistar el tuyo.

Que á Lepido he vencido, nolo sabes?

Ant. Dióle sepulchro el mar á ochenta Naves

Cle. A Otaviano venció mi brazo airado.

Ant. El te dexó vencer enamorado;

tus ojos, me contó, que le rindieron.

Cle. Pese á mis ojos si ellos le vencieron, *levántase*

yiven

viven ellos, que al Sol caután enojos,
que no te he de enseñar a ti mis ojos:
porque al verte vencido.

no digas, que mis ojos te han rendido.

Ant. Pues yo bien sé, quando a tu luz me llevo
que no puedo rendirme al amor ciego.

Cleo. Aunque verme deleas,

soi mucho yo para que tu me veas.

Ant. Ni he de verte, por no darte indignado
los meritos de haverte yo mirado,
que aunque esto dices, responderte puedo,
que no me ves, por no tenerme miedo.

Cleo. Y tu valor mirarme no procura,
porque teme rendirte a mi hermosura.

Ant. Y aunque mirara de tu luz el fuego.

Cleo. Que hicieras si me vieras?

Ant. Morir luego. *Desfúbrese, y miranse.*

Cleo. Vete, apartate Joven porque al verte
estoi viendo la imagen de mi muerte.

Ant. No te apartes, dulcísima homicida,
que en ti miro la imagen de mi vida.

Cleo. No sé lo q̄ contemplo al contemplarte,
que me infunde temor para mirarte.

Ant. No sé que Estrella a mi infelice suerte
le ha infuido valor para quererte.

Cleo. Que haré para templarme?

quiero inclinarme, y no puedo inclinarme

Ant. Qué contrario es al tuyo mi destino!
no quisiera inclinarme, y mas me inclino.

Cleo. Di, si eres tan galán, Antonio, airado,
porque hablas con iras de Soldado?

Ant. Si eres divina, porque amor te crea,
por qué hablabas con señas de ser fea?

Cleo. Hombre, q̄ templas quantos das enojos,
no turbes las quietudes de mis ojos.

Ant. Hiena, que me obligas con gemidos,
no turbes la atención a mis ordos.

Cleo. Antonio, vete: tarde me refiito,
yo me voi a morir de haverte visto.

Ant. O quien de si se huyera! *hace que se va.*

Cleo. No te vayas, Antonio, aguarda, espera:
mas como el culto a mi Deidad profano?

Ant. Mas yo rendido del amor tyranos:

Cleo. Ha Soldados, lograd felice suerte,
prended a Marco Antonio, dadle muerte.

Ant. En la ocasión aprovechad los brios,
dad la muerte a Cleopatra, amigos míos.

Tocan cajas.

Cleo. Mas tened, no me deis a mi esta herida.

Ant. Mas no le deis la muerte, q̄ es mi vida.
Ay, Otaviano, amigo,
que igual es tu castigo a mi castigo!

Cleo. No he de tener amor, no sei amante:
vete, Antonio. *Ant.* No puedo,
que me infunde valeroso miedo;
mas ya obedezco, volme al mar salado,
vencido, porque estoi enamorado.

Cleo. Te vas? *Ant.* A Roma vuelvo. *Cleo.* O pena
no te vayas, ya es tuya Alexandria. (mírala)
hazte señor de su elevado muro.

Ant. No es esta la Ciudad que yo procuro:

Cleo. Qué Reyno? *Ant.* El de tu ojos, por quien

Cleo. Tu ya es el alma, patria del deseo: (veo
mas, o peles a mi voz! peles al Dios ciego!

Ant. Mas yo inclinado al amoroso fuego:

Cleo. Dadle la muerte a Antonio mi enemigo

Ant. Ettrenad en Cleopatra mi castigo;

mas tened, no me deis a mi esta herida.

Cleo. Mas no le deis la muerte, que es mi vida.

Ant. Quedate. *Cleo.* Ya me voi.

Ant. Infeliz suerte!

Cleo. No has de volver a verme?

Ant. No he de verte.

Cleo. O quanto duda amor!

Ant. Quanto amor yerra!

Los 2. Guerra contra el amor, al arma, guerra.

JORNADA SEGUNDA.

Dentro ruido de desembarcar.

Ota. Ya no manda el timon, y ya la quilla,
encallo en las arenas de la orilla.

Lep. Dexad zafa la escota, y chafaldete.

Ire. Amainad la mefana, y el trinquete.

Lep. Vaya la lancha al pie de aquella sierra.

Ota. Lepido, Irene, y yo tomemos tierra.

Ire. Ancora al mar. *Lep.* Sobre la espuma cana
le mece la ligera Capitana.

Ota. Y las demas iguales

azotan con los remos los crystales.

Ire. Favorable nos fue la mar, y viento.

Lep. Avante boga. *Ota.* Iza a Barlovento.

Salen Otaviano, Lepido, è Irene.

Ire. Salta sobre el penálico de esta sierra.

Ota. Beso mil veces la florida tierra.

Lep. Beso la madre de los hombres pia.

Ire. Esta la playa es de Alexandria,

la que al Mediterraneo tiene a raya.

Ota. Mas parece de Chipre aquella playa.

Ire. Salva te hacen dulces ruyfiores.

Lep. Sin duda es esta patria de las flores.

Ota. El oífato, y la viíta a un tiempo ettrena

fragrancia, y candidez de la azuzena.

Ire. Alegre está la viíta, y el oífato.

Ota. No ves, Irene, al Sol arder ingrato?

Ire:

Ire. Ingrato Ota. No lo ves, con luz hermosa,
galanteando la púrpura rosa,
que preside à otras flores peregrinas,
y al ver que se defiende con espinas,
no por las mas hermosa la pretende,
fino porque la ve que se defiende,
y à Clície, que en sus rayos se habilita,
porque ve que se sigue, la marchita:
Ire. Y yo al ver que la dexa, en mi contépllo
de Clície, y Sol un infelize exemplo,
que li Antonio me dexa desdénolo,
yo vengo à ser la Clície de mi esposo.
Ota. Lepido, amigo mio, Irene bella,
tu Sol del Asia, tu de Europa Ettrella,
atendeme los dos lo que os advierto:
Ya os acordais les dos que fué concierto
de venir à buscar a nuestro amigo,
siendo nuestra amistad un fiel testigo,
dado caso que Antonio no llegasse
dentro de un año à Europa, ò q'embiassse
nuevas de su fortuna, ò vencimiento:
ò ya la fama lo contasse al viento,
ò ya fiasse sus victorias solas.
Neptuno à la inconstancia de las olas.
Lep. Un año el tiempo ha que fué aplazado.
Ota. Pues ya sabeis que el año se ha pasado,
fin que para mas riesgo, ò mayor gloria,
sepamos de su ruina, ò su victoria:
y tal vez he pensado,
ò que hydropico el mar se le ha tragado,
ò que cruel Cleopatra, aunque divina,
reliquias no dexo de su ruina;
ò sera pues triunphante no le aclama,
que su clarin se le quebró a la fama,
Como ya nuestro credito delmaya,
con las Naves, que surgen en la playa,
y con las huestes, que mi espada anima,
a discurrir el mas remoto clima
me còduzca, hasta hallar de aquesta suerte
indicios de su vida, ò de su muerte:
Ire. De esta montaña, aora,
que le assecha las luzes al Aurora,
la cumbre altiva discurrir podrémos.
Lep. La selva, el monte, el prado regitremos.
Ota. Mirar pretendo en este monte cano
si alguna poblacion descubre el llano.
Ire. Solo un arroyo aquella selva baña;
desierta se descubre la campaña.
Ota. El tampa no se ve de plantas vivas,
todas las plantas son vejetativas.
Toca al alma, veamos si se altera
al marcial aparato un hombre, ò fiero,

Lep. Toca al alma:

Tocan, y paranse à escuchar.

Ota. Ya suena el metal hueco,
oy solo del clarin es sulto el eco.
Ire. Aves ton las que el ruido han estrañado:
Lep. Un hombre, ò el deleo me ha engañado.
Ire. Vuelto en si del letargo, huir procura:
antes que se penetre en la elpelura (da
del prado, le llamemos. Ota. Hóbre, aguar.
Egypcio, que te turba, y acobarda:
Reducirlo no puedo.
Lep. Mucho es que no tropiezes en tu miedo.
Ire. No huyas: darle voces es en vano.
Ota. El que te llama es Cesar Otaviano.
Ire. Parece que à tu nombre reducido,
à su temor aconsejó su oido.
Lep. Ya parece que mueve mas veloces
las plantas al halago de tus voces.
Ota. Llega al favor que esperas de mi mano.
Sale Cay. Dame tus plantas, Cesar Otaviano.
Ota. Cayman? Cay. Lepido: Irene, que te veo:
viendo esto à los tres, y no lo creo:
què se llegò de mi deleo el dia!
Lep. De donde vienes: di, Cay. De Alexandria:
Ire. Llegò Antonio? Cay. Llegò.
Ota. Qué ha sucedido?
Cay. Lo que siempre, Cleopatra le ha vécido:
Ota. Vive Antonio? Cay. Si vive.
Ota. Di, si es cierto?
Cay. No te estuviera mal q' hubiera muerto.
Ota. Qué dices? Cay. Lo que digo.
Ota. Muera mil veces yo, viva mi amigo,
Ire. Muero Cleopatra! Cay. Si.
Ota. Deidich! fuerte!
Cay. Pero vive Cleopatra con la muerte.
Ota. Qué gloria! qué contento!
Ire. O pena elquiva!
Cay. No te estuviera mal, que fuera viva.
Lep. Desciframe este enigma, si eres sabio.
Ire. No te yelen tus voces en tu labio.
Lep. Di, como aqui has llegado?
tacanos à los tres de este cuidado.
Ota. Como leal refiere,
como vive Cleopatra, y como muere.
Ire. Reférenos, si es cierto,
como es Antonio vivo, y como es muerto.
Lep. Ya tu voz esperamos.
Cay. Pues escuchad los tres.
Los 3. Ya te escuchamos.
Cay. Ya te acuerdas, que contigo
vine a Egypto, y ya te acuerdas
que me quedé en la batalla.

como espada Genovesa.

Ya dixes, que Marco Antonio
llegô á Egypto; pero apenas
empañô con nubes de humo
el Sol de Cleopatra bella;
apenas vió su luz pura,
nunca hasta entonces serena,
quando se quedó mas blando
que Corregidor que epera,
acabado su triennio,
que le tomen residencia.
Quiso, volviéndose á Roma,
fiar al viento las velas,
y á su constancia fiar
aquel apagado Etna,
que va forjando en el alma
minas que tarde rebientan.
Pero el ligado velamen
aun no á los vientos entrega,
quando á detenerla sale
Cleopatra en una Galera.
Arboles de plata fina,
las gavias de oro, las cuerdas,
grizas, escotas, volinas,
de cordones de oro, y seda.
La popa evano, y masfil,
y en igual correspondencia
de tercio crystal de Roca
di-fanas vidrieras.
Iba la chulma adornada
de mui recamadas telas,
á quien, aunque tarde, supo
perficionar la tarea.
Los Soldados de esta Nave
cincuenta Cupidos eran,
que á corazones de bronce
disparaban mil taetas.
En la camara de popa,
suavísimas Syrenas
cantaban: Amor, amor,
que esta era su dulce guerra:
Cleopatra en un throno de oro,
cuyos diamantes pudieran
exceder quantos el Sol
purifica, y alimenta,
esperaba á Marco Antonio;
pâsô Marco Antonio á verla,
dixes, que de agradecido,
y yo le dixes: No creas,
que ay quien no teniendo amor
sepa agradecer finezas.
Trinaron suaves voces
mil amorosas endechas,

cuyo compás en las águas
llevaba la palamenta.
Surgieron de alli distantes
presunio, que media legua,
y en medio del mar estaban
fixas diferentes mareas,
sobre una red, que en las águas,
con tal artificio era
texido metal en lazos,
de obra tan tubril, que al verla,
sufrió el peño, y no la viíta,
que citaba esta red dispuesta,
con fortaleza tan grande,
y con tanta subtileza,
que la dudara la viíta,
si el tacto no la creyera.
Expléndida la vianda
coimô el dia, una menestra
traxo deshecha en vinagre
la mas rica, y grande perla,
que el excelso encareció:
el mar que conchas platea,
perlas que engendrô la Aurora,
legitimamente netas,
no produjo perla igual;
tanto, que se halló quien crea,
que valia una Ciudad:
y esta fué la vez primera
que en los meritos quedasse
la comparacion modesta.
Pez, escondido en las grutas,
ave, que el Cielo penetra,
fiera, que el monte discurrir,
fruta, que el arbol franquea,
raiz, que la tierra esconde,
manjar, que la gula inventa,
crystal, que el Sol purifica,
licor, que en los años medra.
De estos dos Dioses del mundo
fueron ambrosia, y néctar,
delicias de los manjares,
viendo festiva á su Reyna,
como es en las ocasiones
el que mas se desenfrena:
pareciendoles que ya
tiene amor Cleopatra, empiezan,
para hacer bien de las tuyas,
a hacer mal de las ajenas.
La casta anciana, que estuvo
en su atencion recoleta,
sabiendo lo que ha perdido,
no quisiera ser tan vieja.

La vida tambien buscabas
 un sobstituto, que sea
 en su cathedra de sexto
 del propietario la autencia.
 En dissolucion tan libre,
 trocados los fienos viejas;
 las solteras mui casadas,
 las casadas mui solteras.
 Tan iguales voluntades
 corrieron en esta era,
 que à mas de cien mil Tarquinos
 no le encontró una Lucrecia.
 La tortola enamorada,
 la dulce paloma tierna,
 por ser aves, que amar saben,
 las arrullan, y gorgean.
 La azucena, y el jazmin,
 symbolos de la pureza,
 les daba haimo à narices,
 que solo del gusto eran
 la yedra por ser lasciva,
 por madre la madre selva.
 Y si era ley en Egypto,
 que en fuego material muera
 la muger que tenga amor;
 Cleopatra, menos atenta,
 otra ley ha promulgado,
 para derogar aquella:
 y es, que laquen à quemar
 à la muger que no quiera.
 Venus, y Baco, dos Dioses
 de costumbres no mui buenas,
 Venus, hizo dar tras pies,
 Baco, hizo dar tras cabezas.
 En fin, Antonio, y Cleopatra
 en Alexandria entran,
 ya del Pueblo murmurados,
 que es quien antes los celebra.
 O plebe (la dixé entonces)
 quien puede haver que te entienda?
 quexalte si el Rey es bueno,
 y fino es bueno te quexas.
 Mañana otra vez querrás
 gozarte en delicias nuevas,
 pues ni la virtud te agrada,
 ni del vicio te contentas.
 A Marco Antonio Cleopatra
 miraba mui fina, y tierna,
 y no con buena intencion;
 que quando una muger llega
 à repassar à un galan
 el talle, los pies, y piernas,

de tener mucha atencion
 anda un poco desatenta.
 Mirabala Antonio, como
 el que conocer desea
 a alguna persona, y no
 acaba de conocerla.
 Llegaron à su Palacio,
 y para que desta guerra
 dure la paz deseada,
 solos los dos, sin que huviera
 quien mediatie en estas paces,
 entraron à afecatar treguas.
 Los dos dicen, que alla dentro
 tuvieron mil diferencias
 sobre el modo de la paz,
 porque duró esta contienda
 mas de un mes, en que los dos
 no salieron de una pieza,
 hasta dexar de una vez
 hechas las paces y treguas.
 Pues mirad si Antonio es muerto,
 pues murió à la confidencia
 de tu amistad; y mirad,
 si tambien Cleopatra es muerta
 del amor. *Ota.* Deten el labio,
 miente tu atrevida lengua.
 Antonio es mi fiel amigo,
 yo adoro à Cleopatra bella:
 para mi conquista Antonio
 esta inexpugnable fuerza,
 que con firmes defenganos
 se fortalece, y pertrecha.
Cay. El no sabe que la adoras?
Ota. Sabe el Cielo, viento, y tierra,
 que respira el alma mia
 por los alientos de aquella.
Cay. Pues Antonio fue traidor.
Ota. Es mi amigo. *Lep.* No le creas;
 porque llegando al amor,
 no hai amigo que lo sea.
Cay. Quieres ver el defengano?
 a tu hermana, que fue prenda,
 y premio de tu amistad,
 repudiar quiere, è intenta
 darle la mano a Cleopatra.
Bren. Cierra el labio, infame, cierra;
 que de tu boca atrevida
 labré arrancarte la lengua.
 A mi despreciarme Antonio?
 como puede ser que sea
 sacrificio de la sombra,
 quien fue de la luz ofensa?

Auto.

Antonio me quiere à mi.

Cay. Bien puede ser que te quiera; pero mas quiere a Cleopatra.

Ire. Mientes. *Cay.* Y porque agradezcas mi lealtad. *Ire.* Habla, qué aguardas?

Cay. Un mes ha, que en esta seña esto escondido, solo

porque dixes en su presencia, que por qué hacia contigo una ingratitud tan fea.

Ire. Te quito dar muerte? *Cay.* Sí.

Ire. Y dime, sabe la Reina,

que es Marco Antonio mi esposo?

Cay. No lo sabe. *Ire.* Pues no creas,

que ella le quiere. *Cay.* Señora,

si le querrá, porque él, y ella,

él esta por ella ciego,

y ella por él esta tuerta.

Ya estaba para decirle:-

Ota. Caila, cobarde, la lengua.

Cay. Pues yo me voi, dexame

volvere à buscarle. *Ota.* Espera;

y adonde esta Marco Antonio?

Cay. Estará de aquí dos leguas,

en una Quinta; à quien baten

del mar las olas soberbias,

Ota. Sabrás guiarnos? *Cay.* Si sé.

Ota. Pues por las puras Estrellas,

que errantemente volando

son Celestiales cornejas,

pues siendo del Sol su luz,

dan luz con la luz agena:-

Ire. Por esta antorcha segunda,

que ya palida, ó serena,

obscorece siempre viva,

y está ardiendo siempre muerta,

que he de dar sangrienta muerte:-

Ota. Que he de dar la muerte fiera

al ingrato amigo. *Ire.* Al falso

burlador de mi belleza.

Ota. Faiteme la luz del día.

Ire. El centro no me consienta.

Ota. Los cuchillos de hambre, y sed

no me maten y me hieran.

Ire. Sol, y Luna me amenacen.

Ota. No me alumbren las Estrellas,

hasta que en su roxa sangie:-

Ire. Hasta que hydropica beba:-

Ota. Apaguen tu sed mis iras.

Ire. El roxo humor de sus venas.

Ota. Muera Antonio.

Ire. Antonio muera.

Lep. Supuesto, que es una mesma

causa la que es de los dos,

tu puedes marchar por tieras;

y yo por el mar ahora

finiré la Quinta. *Ota.* Ea,

Lepido, mi solo amigo,

à embarcar. *Lep.* Desde oy empiezan

à vengarse mis delendes.

Ire. Toca à marchar. *Lep.* Toca à levar;

muerto Antonio, sera mia

liene, aunque amor no quiera. *vas.*

Ota. Ve delante. *Cay.* Ya yo voi,

seguidme. *vas.*

Ota. Irene, qué esperas?

Ire. Seguire tus pasos. *Ota.* Ven.

Ire. Tu mismo enojo me alienta.

Ota. Muera esse traidor, amigo,

que à los dos ofende. *Ire.* Muera.

Ota. Celos, y agravios me irritan.

Ire. Venganza y celos me llevan.

Ota. Ninguno fie en amigos.

Ire. Ninguno en amantes crea.

Salen por una puerta Lelio, y Cleopatra, por

otra Antonio, y Otavio Capitan.

Cleo. Dexame, Lelio. *Lel.* Señora,

miré vuestra Magestad.

Ant. Dexadme, Otavio. *Cap.* Mirad.

Lel. No os dexéis llevar ahora

de una amorosa passion.

Cleo. Ya os digo que me dexéis.

Ant. Idos. *Cap.* A Otaviano haceis

una ofensa, una traicion.

Lel. Que han de quitaros, pensad,

el Reino. *Ant.* Esso solicito;

nunca reine yo en Egypto,

y reine en mi voluntad.

Esta es mi resolucion.

Cap. Tu brazo de Phebo, y Marte,

del amor dexas llevarte?

Ant. Dices bien, tienes razon.

Lel. Tu, que inventaste el desden,

sujeta al amor tyranos?

Cap. Tu enemigo de Otaviano?

Cleo. Bien me dices. *Ant.* Dices bien.

Lel. El Reino es mas poderoso.

Cap. Mira que Irene podria.

Ant. No sera Cleopatra mia?

Cleo. No sera Antonio mi esposo?

Cap. Que han de dar la muerte, advierte,

à Cleopatra tus Soldados.

Lel. Tus Soldados conjurados,

à Antonio quieren dar muerte.

Cleo.

Cle. Como â tu advertencia tardo:
Ant. Tomar tu consejo quierô,

Cle. Vete, Lelio,

Lel. Aqui te espero.

Ant. Vete, Otavio.

Cap. Aqui te aguardo.

Ant. Temple el valor este fuego.

Cle. Oy este volcan reptimo.

Ant. Elto ha de ser, yo me animo:

Cle. Elto ha de ser, yo me llego.

Marco Antonio, honor de Europa,
adorado dueño mio,

espejo, en que se alinaron

mis potencias, y sentidos.

Ya sabes, que desde el dia

que te vi, quedô rendido

mi valor tanto â mi fama,

tanto â tu amor mi retiro,

mi desden tanto â tu quexa,

tanto â tu fê mi alvedrio,

que en quererte, ô no quererte,

ya abrasados, ô ya tibios,

nos hizo estar mas amantes

el milmo estar mas remitos.

Y en un jardin una noche,

que con tuêno crystalino,

para murmurarnos luego

se hizo un arroyo dormido,

obligandome con ansias,

quexandote con cariños,

atreviendote con miedos,

llegandote con delvios,

al verme â mi con deldenes,

usados, y no sentidos,

anduviste tan cortês,

que no pareciste fino.

Y aunque el respeto es amor,

dixe acâ para conmigo:

Amor que no està nui ciego,

no es amor que està mui vivo.

Desde entonces, desde entonces

(mi memoria es mi enemigo)

no sé que veneno al alma

se me entrô de haverte oido,

que quexas â media voz

son los mayores hechizos,

pues mis ojos, que son tuyos,

invidiosos de haver visto

que no entrase amor por ellos,

y entrasse por los oidos.

Con el oido trocaron

un sentido a otro sentido,

tanto, que oigo por los ojos,
y miro por los oidos.

Tu dixiste que me amabas:

yo te adoro, ya lo digo;

y aunq h: go mucho en quererte,

vengo a hacer mas en decirlo.

Ya, pues, quando nuestro amor,

con estar mui ciego, quiso

que emiende tabio Hymeneo

lo que errô ciego Cupido,

contra mi el Rey, no conspira,

que es ley antigua en Egypto,

que no puedan los Romanos

casarse con los Egypcios.

Y como violar no puedo

los Estatutos antiguos,

y â tu vida, que es la mia,

amenazan los peligros,

de perderte, y de perderme,

una muerte, y dos martirios;

vengo a rogarte, señor,

con el llanto crystalino,

que â mis temores congelo,

y â tus ardores derriro,

que te vuelvas â tu Reyno,

que asî por mi vida miro,

pues no podrê yo morir,

sabiendo que tu estâs vivo.

O mal aya el cazador,

que en el recatado nido

las tortolas espantô,

que amor unio pico â pico!

Mal aya el que astuto sabe,

para que fallezca limpio,

poner en la verde gruta

lazos de arena al arimio.

Huye, señor, huye, Antonio,

fia â los vientos el lino,

que si te faltaren ellos,

yo te embiarê mis suspiros.

Darte la muerte pretenden

mis vassallos ofendidos.

Yo te pierdo, yo te adoro.

Ant. Señora. Cle. Tèn el cuchillo

de tu voz, no me atraviesen

tus palseiones los sentidos,

que la venda de los ojos

me la passare al oido.

Ant. Ay, tota que biotô el Mayo

enue tan grientos espinos,

que ha enfermado de la noche,

y no sanô del rocio!

Pluguiera à tus dulces ojos,
Díoles que idolatro mios,
à cuyas aras rendí
deseos por sacrificios,
que este fuese solo el mal
que yo siento. *Cleo.* Mas activo
dolor que haver de perderme,
si quererte determino?

Ant. Este mal tiene el remedio
dentro del mismo peligro,
si tienes para vassallos
à mi amor, y mi alvedrio.
Substituye la Corona
de Alexandria, y de Egipto
à la de Roma, que yo
pusiera à tus pies invictos,
si à no haver un grande riesgo,
huyendo à Roma conmigo
pudieras: *Cleo.* Mayor dolor,
mas vivo tiene los filos
este cuchillo, què dices?
responde, Antonio. *Ant.* Mas vivos.

Cleo. Acaba, refiere el riesgo,
en què te suspendes? *Ant.* Digo,
que Otaviano (quien pudiera
decirtelo sin decirlo)
te quiere, y que yo te adoro,
que es mi amigo, y yo su amigo,
que me ha fiado tu amor,
que à Alexandria he venido
à conquistar tu belleza,
para que te goce fino,
que será traición quererte;
que no quererte es delito;
que Irene, su hermana, es
mi esposa; que si prosigo
en solicitar tus ojos,
por cuyas luces respiro,
mis propios Soldados son
mis mayores enemigos.
Si llevarte quiero à Roma,
mi ruina solicito,
pues vengo à ser, si lo miras,
con los dos à un tiempo mismo,
con Irene, falso amante,
y con él, traidor amigo.
Irme à los brazos de Irene,
es morir en fuego tibio;
ir de Otaviano a la queixa,
es confesar mi delito.
A mi tus vassallos quieren
darme la muerte ofendidos;

irritados solicitan
darte la muerte los mios.
No quererte, es inconstancia,
morir à tu amor, delirio,
irme sin ti, es darme muerte,
muerte es quedarme contigo.
Pues q̃ he de hacer me aconseja
en extremos tan precisos;
pues quedandome te pierdo,
y yendome te he perdido.

Cleo. Traidor, infame, villano,
Romano cruel, indigno
de adorar estos dos soles,
que a tus ojos les permito,
de quien son devotamente
tantos corazones Indios;
dime, si de esta hermosura
eres dueño tan preciso,
como atreviste tus lazos
para que no fuesen mios?
Como, ingrato, como pagis,
quando esta passion te fio,
con unos zelos villanos
un amor tan bien nacido?
Vivo yo, Deidad humana,
Diosa de los alvedrios,
que pues zelos me ocasionas
quando mi amor significo,
que del puñal de los zelos
has de estrenarte en los tiles.
Tu no dices, que no puedes,
(no sé como lo repito)
dexar de querer à Irene?
Pues oy de Otaviano admito
el amor, para premiarle,
que pues tu mismo me has dicho
que falso adoras à Irene,
y que él me idolatra fino,
con dar a Otaviano el premio,
te he de dar a ti el castigo.

Ant. Decirte, que le aborrezco,
es para tu amor delito?
Cleo. Decirme, que eres su esposo,
es decir, que le has querido.
Ant. Y decir, que a ti te adoro,
no es decir, que à Irene olvido?
Cleo. No me quieras, porque soi
tan vana, que no permito,
que sea mi fino amante,
el que no puede ser mio:
que aunque yo le adore, y él
me adore a mi mas activo,

fi de mi zelos me abraso,
de mi vanidad me entibio.
Ant. Yo quise a Iene, mas fue
antes que te huviesse visto;
vi tu hermosura, y quedé
â tu hermosura rendido.
No se estimara la luz
â no haver sombra, El Sol mismo
â no haver funesta noche,
no fuera tan peregrino.
Como estimara la Rosa,
quien no se estrenó en el Lirio:
Como ha de extrañar el Mar
quien no vio correr el Rio?
A no haver Diciembre elado,
que fuera de Abril florido:
Todos los opuestos luzen
de los opuestos al viso.
La virtud, virtud no fuera,
â no ser contrario el vicio.
Luego â ti te está mejor,
que a otra yo aya querido,
para que de aquella noche
seas el Sol; seas del Lirio
Rosa; la luz de la sombra;
Abril del Diciembre frio;
Mar de aquel Rio: y en fin
seas las dos, quando os miro,
ella, Invierno, Lirio, sombra,
tu, Sol, Mar, Rosa, y Elio.
Cleo. Pues si has hallado la luz,
repudia la sombra. *Ant.* Digo,
que repudio la que llamas
mi dueño, y a ti te admito.
Cleo. Pues ya aborrezco a Otaviano.
Ant. Yo no tengo mas amigo
que mi Dama. Di, qué harémos?
Cleo. Que huyendo los dos de Egypto,
por las Provincias del Asia,
apelemos al asylo
de los montes, y a que en ellos
nos den las grutas abrigo:
qué Reyno como adorarte?
Ant. Tu vassallo es mi alvedrio;
huyamos, querida. *Cle.* Huyamos.
Pues en lecho crystalino
descanta el Sol del asan,
con que visito a los Signos:
y pues de esta hermosa Quinta
a este prado hemos salido,
a quien le dispara el mar
trabucos de plumas rizos,

en una Galera tuya,
de los vientos al arbitrio,
visitemos las Provincias,
que el rumbo ha reconecido.
Ant. Pues para que mis Soldados
no te den muerte, es preciso
que vaya a avisar a Otavio,
un Capitan fidedigno,
a quien fié este secreto;
aquí has de elperarme. *Cle.* Oy figo
por el norte de tu amor,
de tu verdad el camino:
seras mi espoto? *Ant.* Si soi:
me quieres? *Cle.* Tanto, bien mio,
desde aora, en cierto calo,
me he holgado de haver tenido
zelos, que con solo amor
estaba el fuego remiso,
y con la materia zelos
tanto mi amor le ha encendido,
que como quererte mas
era solo mi destino,
les agradezco â mis zelos
todo esto que mas te estimo.
Ant. Y yo, Cleopatra, me huelgo
de haver te tambien oido,
que â Otaviano has de querer,
si te ofendo; que si impios
los luzeros me influyeren
que te olviden mis designios,
de miedo de que le quieras,
te querré siempre mas fino.
Cleo. Pues aquí te elpero, el poso,
vete, y de passo te digo,
que a muger que quieras bien,
no digas inadvertido,
que ay otro que la pretenda,
que amor es todo delirio,
y no ay muger tan constante,
yo que lo soi te lo aviso,
que le peie que la quieran,
que ay unos zelos creidos,
y por verguenza, o por tema
avia muger de capicho,
que premiara al que la quiere
por triumphar del que ha querido;
Ant. No ay riesgos en tu constancia,
Cleo. Mi fe, y mi amor son testigos.
Ant. A solo tu premio anheio.
Cleo. Solo a tu conteejo aspiro.
Ant. Voi al mar. *Cle.* Aquí aguardo:
ye un ruido. *Ant.* Así te liryo.

Cleo. Sin ti no quiero la vida.

Anr. Venga la muerte contigo. *vase.*

Cleo. En tanto que Marco Antonio
vuelve, en el frondoso lirio
de estos laureles, que son
de aquel arroyo Narcisos,
quiero ocultarme, y si llego:
pero aquí siento ruido:
a esta parte podrá
ocultarme, si benignos
me permitieren los Cielos
lograr los intentos míos.

Salen Otaviano, Irene, y Cayman.

Cay. Ya paso, pita quedo.

Ota. Ya pito con tal primor,
que los pasos del valor
parece que los da el miedo.

Cay. La Quinta es ésta que os digo,
y aquella donde idolatra
a tu enemiga Cleopatra
Marco Antonio tu enemigo.
Esta es su campaña amena,
y este es un monte eminente,
a quien el mar obediente
besa las plantas de arenas.

Pisando quedo.

Ire. Bien mi indutia te previene,
vengaréme de un villano.

Cay. Llegas, César Otaviano,
llegas bellísima Irene.

Cleo. Ay mas infelice Estrella!
mas sospechas en que penel
aquella voz dixo, Irene,
Otaviano, dixo aquella.
Como aquí, Divinos Cielos,
mis contrarios han venido!
Luego dexara el oído
de encontrarle con los zelos!

Ota. Dime, Cayman, no fué aquí,
donde oflada, y valerosa
Cleopatra, cruel, y hermosa,
me dio la batalla? *Cay.* Si.

Ota. Cielos, mis zelos ven gad.

Ire. Pues la Luna te escondió,
dix por donde podré yo
embestir á la Ciudad:
que el vencimiento seguro
mis crueldades amenazan.

Ota. No ves que al ayre embarazan
las presunciones del muro?

Cay. Por estas tendas mayores
guie tu enojo á tus pies.

porque en el prado que ves,
ay mas Alpides que flores.
Por donde pilas advierte,
lleva atentos los rezelos.

Ire. Mas Alpides son mis zelos,
y no me han dado la muerte.

Ota. Varias voces ha escuchado
mi cuidadosa atención;
que luzes distantes son
las que se ven en el prado?

Cay. En día tan singular *luzes dentro,*
tan comun es la alegría,
que anda suelta Alexandria,
y no ay quien la pueda atar.
A quanto te vé de aquí,
todo tu cuidado atienda;
allí ay musica, y merienda,
baile allí, juegos allí.

No ay quietud que no retoze:
aquel de ochenta se pierde
por salir a darle un verde
con la muchacha de doce.
Mira aquella vieja linces,
que con rostro arrebolado
sale a darle un colorado,
con el muchacho de quince.

Ella hacer trampas intenta,
que ha de enganarle recelo:
oiga el diablo del mozoelo,
que bien juega a la serenta.

Aquella Dama avetruz
tres digiere, y a uno amas;
ò qual sera aquella Dama,
pues aquel mata la luz!

Que pocos galanes nones
olvida el amor cruel!

Que mala razon da aquel
de haver hecho mil razones!

Ota. Entre estos frondosos ramos,
partos de la ruda arena,
una voz pienso que suena,
oiganos, Irene. *Ire.* Oiganos.

Dentro Music. La Venus de Alexandria,
y el Romano mas dichoso,
bebiendose están, amantes,
las dos almas por los ojos!
De Otaviano, que es su amigo,
salto á la fe, y al decoro,
que en estando el amor ciego
no vé el amilid tampoco.

Ota. Por esto indignado, y fiero,
como es tanta mi passion,

para

para esta ciega traición
traigo yo lince el azaró.

Canta. Repudió a Irene tu esposa,
y ya en lazos amorosos
Antonio es ya de Cleopatra,
y ya Cleopatra es de Antonio.

Ire. Pues vengarme de ti espero,
Antonio, leve, y tyrano,
que si me falto tu mano,
no me faltara mi azero.

Cleo. O voz! corriges el error,
con que irritas mis desvelos,
si no sabes de mis zelos;
por qué me cantas mi amor?

Ota. Voz, no penetres veloz
el uno, y otro sentido.

Ire. Qué se criasse el oído
para sufrir esta voz!

Ota. Lepido parece ya,
que a las Naves embistió.

Ire. Iré al muro: *Ota.* Irene, no.

Fuego dentro.

Ire. Ardiendo la mar esta
en llamas accidentales;
un volcan la playa es.

Ota. Pues embistamos los tres
Ciudad, Quinta, y Mar iguales.

Cay. Ya es tiempo de huir. *Ire.* Tyrano,
cobrar la venganza juro.

Ota. Irene, acomete al muro.

Ire. A abralar la Quinta, hermano.

Ota. Pues con tus soldados parte,
ea, Irene, ve a embestir.

Cay. Ea, gran Cayman, a huir.

Ire. Ea, Otaviano, a vengarte. *Van.* los 3.

Cleo. Exercito numeroso
ocupa la tierra, y mar;
adonde podré encontrar
á Marco Antonio mi esposo?
Arde el mar en humo ciego: *Fuego.*
esposo, Antonio, señor,
maripola es el auzor,

que va a morir en el fuego.

Aquí con nueva crueldad
mayor incendio te aviva.

Dent. No quede persona viva:
toda la Quinta abralad.

Cleo. Allí Otaviano tambien
feliz vence, y rigoroso:
no fueras tu tan dichoso,
si yo te quisiera bien.

Dent. Ire. Dar la venganza á los Cielos

de tu traición aseguro.

Cleo. Irene, abrala allí el muro,
facil es, que lleva zelos.

Murio Antonio, que la herida
de esta mi pasión advierte,
que esta cercana su muerte,
pues que se acaba mi vida.
Ruego a los Cielos, pues ya
no ay mas riesgos en que pene,

que sea quien te hallare Irene,

que ella no te matara.

Otra vez quiero intentar
mover al viento veloz;

pero no tengo ya voz
para poderle llamar.

Recio. Antonio: el llamarle ha sido
en vano; no me oira:

ó la distancia que avrá

desde mi voz a su oído!

Recio. Antonio, esposo, señor.

Sale Antonio con la espada desnuda.

Ant. Que pueda tanto mi amor,
que dexasse la batalla!

Que dexar vencida aguarde
mi gente, y que amor intente

hacer cobarde al valiente,

si hizo valiente al cobarde!

Su voz oi, y mi dolor

es el que me hace volver:

ó esta voz debe de ser

conjetura del temor.

Mas para librar tu vida

dexo, allí la he de librar,

en las orillas del mar

una Nave prevenida.

Cleopatra. *Cleo.* Antonio.

A la par estas dos voces, y no se oyen.

Ant. Yo he oido

mi nombre al viento veloz.

Cleo. Que infeliz anda mi voz,

pues la embaraza mi oído!

Ant. A donde mis voces van,

otras se impiden veloces.

Cleo. Otra vez pruebo las voces.

Ant. Cleopatra. *Cleo.* Antonio.

Salen Lelio, y el Capitan con dos hachas.

Los 2. Aquí estan.

Cleo. Esposo? *Ant.* Norte á quien sigo?

Cle. Lelio? *Ant.* Otavio? *Cap.* Como aquí?

Cleo. Vienes a buscarme? *Lel.* Si.

Cap. Ven conmigo. *Lel.* Ven conmigo.

Ant. Si espera la Nave allí,

seré

seré amante el mas dichoso

Cleo. Si puedo hablar con mi esposo,
no ay desdicha para mí.

Cap. De Lepido la crueldad
la Nave vino á abrasarse.

*El uno habla con Cleopatra, y otro
con Antonio.*

Lel. La Ciudad quiere entregarse,
si no entras en la Ciudad:
mira que estan conjurados.

Cap. Haz que tu valor se aliente.

Ant. Vamos a ayudar tu gente.

Cleo. Ven a ayudar tus Soldados.

Lel. Advierte, Señor: *Cap.* Advierte:-

Lel. Que si tu amor le idolatra:-

Cap. Que han de dar muerte á Cleopatra.

Lel. Que han de dar á Antonio muerte.

Cleo. Donde tu fueres, es bien
que yo muera valerosa.

Ant. Adonde fuere mi esposa,
tengo de morir tambien.

Lel. Diez mil hombres tu ira tiene.

Cap. Dos mil Soldados te esperan.

Ant. Lepido, é Irene muieran.

Cleo. Muera Otaviano, é Irene.

Ant. No quiero, esposa, pues arde
en mi cita ira prudente,
si me has querido valiente,
que me aborrezcas cobarde.

Cleo. Ni yo he de querer aora,
puesto que importa mi vida,
que me aborrezcas venciada,
pues me amaste vencedora.

Ant. Ea, valiente Deidad.

Cleo. Pues ea, Antonio valiente,
ve á socorrer a tu gente.

Ant. Ve á socorrer tu Ciudad.

Cleo. Pues voime, si esto ha de ser.

Ant. Digo, que esto temeroto.

Cleo. Habla, qué temes, esposo?

Ant. Temo, que no te he de ver,
pues somos tan deldichados.

Cleo. Mi constancia te aseguro.

Lel. Mirad, que se rinde el muro.

Cap. Mirad, que huyen tus Soldados

Ant. Valor este azero tiene.

Cleo. Ya sabe vencer mi mano.

Ant. Mira no te halle Otaviano.

Cleo. Mira no te encuentre Irene.

Ant. Amor, hazme venturoso.

Cleo. Zelos, hacedme dichosa.

Ant. El Cielo te guarde, esposa,

Cleo. El Cielo te guarde, esposo.

JORNADA TERCERA.

Tocan ruido de guerra, y dicen dentro.

Lep. Muera, Cesar Otaviano.

Ire. La Reyna Cleopatra muera:

Cleo. Dad la muerte á Irene fiera:

Ant. Muera Lepido el Romano.

Ota. Oy probará mi castigo.

Ire. Monte, prado, y Ciudad arda.

Ota. No huyas, Soldado, aguarda.

Cay. No puedo yo mas conmigo.

Ire. Vuelve a la batalla pues,

Ota. Sino quieres embeltir,
has fuerza para no huir.

Cay. Señor, se me vãn los pies.

Ota. Lepido ya derrotado.

Sale Cay. A focorrerle me arrojo:

en no siendo un hombre cojo,
mui bien puede ser soldado.

El monte mi abrigo es,

un ave soi por mi mal,

que nadie la ha visto tal,

que soi gollina montês.

Callando aquí como un Monge,

la lid sangrienta veré:

no ay mayor contento, que

vêr una batalla a longe.

Del que embitte, y se retira,

aquí dare testimonio,

lindo tahir es Antonio,

con todo el mundo se tira. *Tocan.*

Otaviano, airado, y ciego,

tira (aunque mas la idolatra)

â la gente de Cleopatra

cuchilladas de Manchego.

Mas Irene el muro atiza:

y Cleopatra, mal ofados,

con dos mil huevos Soldados

ha de dar en la ceniza.

Lepido volcanes fragua

en el mar, Alcides nuevos;

tambien es Soldado huevo,

que anda pasado por agua.

Antonio en su Capitana,

porque su gente se aburra,

les da una valiente zarra

encima de la vadana.

Yo rabio, yo me endemonio;

que ya no tengo temor,

por ir (pues va vencedor)

a ayudar a Marco Antonio.

Pero

Pero, Caymân, tèn folsiego,
 oye aora, mira, y calla,
 que es vinagre una batalla,
 y fuele torcerse luego.
 Pero fuolanme este error
 por esta verdad divina,
 verdad es que foi gallina,
 mas por esto foi traidor.
 Pues ser gallina no dudes,
 Cayman, sigue tu exercicio,
 que no te importa este vicio
 teniendo estôtras virtudes.
 De liene alli la crueldad,
 ninguna crueldad iguala,
 y sin pagar la alcavala
 se va entrando en la Ciudad.
 La victoria tiene cierta,
 Antonio; y Cleopatra airada, *Tocan.*
 pienso, que la ha hecho cerrada;
 y Otaviano la ha hecho abierta;
 y en la Ciudad con tal brío
 entra, y tal resolucion,
 como Juez de comission
 en Lugar de Señorío.
 Ya esta echado el primer fallo,
 famosa ocasion perdi:
 la Reyna Cleopatra alli
 viene huyendo en un caballo
 ázia este monte; rezelo,
 que huye tambien como yo:
 el caballo tropezo,
 matóse. *Cle.* Valgame el Cielo.
Sale Cleopatra tropezando con arco, y flechas.
Cay. Levanta, Reyna, li eiperas
 librante. *Cleo.* Quien eres, di:
Cay. Un hombre, que estaba aqui
 esperando á que cayeras.
Cleo. Di en la arena; mas dichosa
 no ha podido ser mi suerte.
Cay. Por poco dás con la muerte.
Cleo. No foi yo tan venturosa.
 Dexadme, Cielos, que pene
 con sentimiento inhumano,
 no que me venza Otaviano,
 sino que me venza Irene.
 Mas si Antonio con rigor
 aborrece tu beldad,
 triumphá tu de mi Ciudad,
 y triumphe yo de su amor.
 Hombre. *Cay.* Cayman foi. *Cle.* Tu eres:
 donde esta Antonio? *Cay.* En el mar,
 y á tu lado me has de hallar

para ir donde quisieres.
Cleo. Di si ha vencido, si sabes
 dár a mi mal el remedio.
Cay. A Lepido abrió por medio
 una docena de naves.
Cleo. De sangre el campo se baña.
Cay. Mis enemigos mayores
 oy se han vuelto Corredores,
 no de Lonja, de campaña.
Cleo. Ya parece que triunphante
 le esta el prado obedeciendo,
Cay. Sino es los que van huyendo,
 nadie se pone delante.
Cleo. Puesirme con él elpero
 a templar esta passion,
 pues tan dichosa ocasion
 me ha querido dar el Cielo.
 No pudo la fuerte aora
 trocar su curlo enemigo:
 Antonio, ya voi contigo.
Cay. Oye, elperate, señora.
Cleo. No se pässe mi fortuna,
 tenerme pienlas en vano.
Cay. Las Elquadras de Otaviano
 le acometen una á una.
Cleo. Pues yo le voi á ayudar,
 que así mi vida remedio.
Cay. Irene se ha puesto en medio,
 y ya no puedes pasar.
Cleo. Yo voi. *Cay.* Detente, señora,
 que es ya tu muerte precilla,
 y no es la vida camila,
 que se muda cada hora.
Cleo. O fortuna, como irritas
 con lo que obligando estas!
 Si has de quitar lo que das,
 para qué das lo que quitas?
 Mi deleo (dulce esposo)
 es quien malogra tu suerte;
 quien pudiera aborrecerte
 para hacerte venturoso!
 La fortuna se ha trocado,
 ô Cielos, siempre enemigos!
Dext. Ant. No huyais, Soldados amigos;
Cay. Si huyais, y pierdo doblado.
 Alguna flecha veloz
 mira no te encuentre acafo.
Dext. Ire. Atajad a Antonio el pïso.
Cleo. Que flecha como esta voz!
Cay. Entrarme en la lid prevengo,
 si antes corrí como galgo,
 aora que ha escampado jalgo,

que yo con quien vengo vengo.

Viva Irene, y Otaviano.

Cleo. Quien te pudiera matar!

Irene quiere atajar

en la orilla del mar cano

á Antonio: fue te pasión!

ó Cielos, quien la matara!

ó si esta flecha acertara

al blanco del corazón!

Dispara una flecha al vestuario.

Mas la indignacion erró

de mi ira: mal satisfechas;

á Irene tiré la flecha,

y á Marco Antonio acertó,

Mayor pena! mas dolor!

que permitiesen los Cielos

que la tirasse á los celos,

y que diese en el amor!

En el suelo cayó herido,

é Irene matarle quiere,

y no le halla: si valiere

de esta leona el bramido!

Mas amorosa, mas fiera

le voi á resucitar,

ó he de arrojarle en el mar,

si le ha dado muerte.

Al entrarle sale Marco Antonio con la espada quebrada, y herido con una flecha.

Ant. Espera,

el llanto, y la pena dexa,

que tu dolor aconteja,

dulce, y airada homicida.

que si enferme de tu herida,

ya he sanado de tu queja.

Tu eres quien me heriste: *Cle.* Si,

primero muriera aquí.

Ant. Pues quando (si lo reparas)

las flechas que tu disparas

no me han penetrado a mi?

Cleo. Vencióme Otaviano airado.

Ant. Irene de mi ha triunphado.

Cleo. O fortuna! rigorosa!

tu me has hecho mas hermosa,

y yo a ti mas desdichado.

Ant. Airado el Cielo maldiga

la cruel mano enemiga

del villano Labrador,

que no perdonó la flor

yendo a cospigar la espiga,

Cleo. Pues mi fortuna no medra,

no tenga en las tuyas medra

el que degolló arrogante

al olmo verde gigante,

por las culpas de la yedra.

Ant. Matele otra fiera ardiente

al que cautelosamente

el torvó fiero animal

la fatiga del panal

á la abeja diligente.

Cleo. En fin, por mi causa mueres!

Ant. Tu mi suerte, y mi luz eres,

esta es, Cleopatra, mi dicha.

Cleo. En que tienes mi desdicha,

echo de vér que me quieres.

Dent. Ota. Buscadla en el monte.

Dent. Ire. Al llano.

Ant. El caparno es en vano.

Ota. Antonio entró en la espesura,

Cleo. Allí Irene te procura.

Ant. Allí te busca Otaviano,

Cleo. Pues desde esta roca quiero

arrojarme al mar primero,

porque mi valor me esfuerza

á no rendirme á una fuerza,

ya que me rendí á un azero.

Ant. Pues para que mi enemigo

quando tus dos soles sigo,

no pruebe en su amor tus lazos,

elposa, dame los brazos,

que voi a morir contigo.

Cleo. La marnos guarde el pumosa.

Ant. Suerte, la mas rigorosa!

Cleo. Amor, el mas inhumano!

ea, no me das la mano?

Ant. Y el alma con ella, elposa.

Cleo. Di, quien puede ser aquel,

que el torve nuestro amor fiel?

Ant. Quien impedira este amor?

Vanse á abrazar, salen por dos puertas Irene, y

Otaviano, toma Irene de la mano á Anto-

nio, y Otaviano á Cleopatra.

Ire. Yo le impediré, traidor.

Ota. Yo le eltorvaré, cruel.

Ant. Ay mas riesgos en qué penes!

Cleo. Siempre un mal tras otro viene.

Ant. Quexarme á Amor tyrano.

Cleo. Sueítame, Celar, la mano.

Ant. Sueítame la mano, Irene.

Ota. Ingrata, á luz que es tan bella,

si en tu mano esta mi Estrella,

con ella me he de vengar.

Sacan las dagas Irene, y Otaviano.

Ire. Mi mano te he de dexar

para

para matarme con ella.

Ota. Muera un amigo, que fue:-

Ire. Muera este traidor, que ha hecho:-

Ota. Deten, Irene, el puñal.

Ire. Suspende, hermano, el acero.

Ota. Yo he de dar la muerte á Antonio, cobrar la venganza debo de una traicion, y un agravio de mi amor. *Ire.* Yo de un desprecio.

Ant. Pues daréisme aquí la muerte, que aunque os indignéis, sospecho, que no me podreis matar, solo porque lo deseo.

Cleo. Pues ya que darle una muerte intentéis, yo os aconsejo, que Irene dé muerte á Antonio, y á mi Otaviano, que es cierto, que quien á mi me dé muerte, da muerte á Antonio, supuesto, que son mi vida, y la fuya una vida en dos sujetos. Pues en las dos vuestras vidas aprovechen el acero; en él, porque te ha ofendido, y en mi, porque te aborrezco.

Ota. Tu, Cleopatra, me aborreces por estrellas, y yo no puedo hacer que me quieras bien; pero puedo por lo menos, dar muerte á un traidor amigo, que al fiarle mis secretos, traidor del alma usurpó los tesoros de mi pecho. Si le doi la muerte airado, de mi es de quien mas me vengo; pues dandote á ti la muerte, me doi la muerte á mi mismo.

Pues él muera, y vive tu, pues desta suerte aprovecho á mi amor esta experiencia, y á su traicion este exemplo: Muere, infame. *Ire.* Tente, aguarda, mi esposo es este, y mi dueño, y pues de su amor te acuerdas, acuerdate de mis celos:

Cleopatra muera, y él viva; quítale tu este contento de ver que vive á quien quiere, y dexame este consuelo, que con quitarte la vida no me evitas el desprecio. Muera de mi despreciado

el falso Antonio viviendo; perdona tu su traicion, que no estarás satisfecho tanto en matar un traidor, como en que conozca el pueblo, que hiciste como quien eres, si él como traidor ha hecho.

Ant. Dame yo á mi la muerte.

Ota. Traidor, falso compañero, ya que hiciste la traicion, no confíes que la has hecho.

Cleo. Pues qué traicion hizo Antonio en quererme? Puede él mismo hacer violencia á su estrella?

Ota. No; mas puede hacer esfuerzos para no amarte, y Antonio te adora con tanto exceso, que sacrifica á tu oido las víctimas del silencio.

Ire. Y di contra mi belleza, como atreviste al desprecio de procurar estos lazes, que tu procuraste estrechos?

Ant. El exemplo está á los ojos, si quieres ver el exemplo.

Nace ciego un hombre, y oye decir, que hai Sol en el Cielo, cobra de noche la vista, y al cobrarla, lo primero que ve en el Cielo es la Luna; este es el Sol (dice luego) que tan hermoso le tuve presumido en mi concepto. Sale luego el Sol hermoso, y al mirar sus rayos bellos, todo un tentido le dexa de admiraciones suspenso. Olvidate de la Luna,

y al ver sus rayos primeros, repudia como confusos los que idolatró terenos.

Ciego fui, cobré la vista, Luna fuiste de mi Cielo,

juzguete Sol, por entonces, falso otro Sol mas perfecto.

Yo te admire, no lo dudo; rayos tienes, no lo niego, tienclos el Sol mas claros,

y así, Irene, ten por cierto, que he de adorar este Sol, ó he de volverme á ser ciego.

Ire. Yo te quitaré los ojos.

Ota. Tente, que vengarme espero,
con la mas nueva venganza,
con el mas raro tormento,
que puede humana passion
acontejar al desprecio.
En este hermoso Castillo
(antes de Egypto, y ya nuestro)
de ti el mas cruel Alcaide
sera Antonio el prisionero:
Yo a la tienda de campaña
(que en este monte soberbio
la defiende de la vista
las murallas de estos fiesnos)
quiere llevarme a Cleopatra,
donde a los Cielos prometo
hacerla posible mia,
â la violencia, ô al ruego.
Tu haras, que segunda vez
te solicite tu dueño,
dando en decentes disculpas
amorosos escarimientos.
Si él negado a mis pasiones,
si ella equiva a mis afectos,
ni él reduce su inconstancia,
ni ella templare mi incendio;
mueran ausentes los dos
al cuchillo de los celos,
pues ve ella que tu le adoras,
y él sabe que yo la quiero.
No hai amante que no sea
desconfiado, y así es cierto
que Cleopatra ha de pensar
si tiene el amor atento,
que es facil volver â amar
lo que se adora primero.
Y él presumira tambien
(si como es amante, es cuerdo)
que hara tal vez la posia
lo que no hiciera el deo.
Su desconfianza los hiera,
no el puñal los mate luego,
que tiene muy embutados
la sospecha los aceros.
Y ya que esto no se logre,
no se gocen, por lo menos,
la dolencia de no verte
escarimente su amor ciego,
Límite tiene el amor,
termino tiene su imperio,
mudanza ayer Sol, y Luna,
variedad en los Luceros,
mañana aborrecera

lo que ahora está queriendo,
y él podrá ser que se acuerde
de la que quiso en un tiempo,
con que vendrémos los quatro,
yo â vivir con el consuelo
de procurar dueño mio
al que he consultado ageno,
tu â vengarte de una ofensa,
él â adolecer de un miedo;
yo â sanar de una esperanza,
y ella â morir de unos celos.

Ire. Bien dices, ven al Castillo.

Cleo. Lo echas a perder con esto,
que le tengo mas amor,
en viendo que no le tengo.

Ota. Ven â la tienda. *Ant.* No importa
querer apartar el fuego,
si el quererle hacer menor
es hacerle mas inmenso.

Ota. Eres traidor. *Ant.* Soy amante.

Ire. Eres mi esclava. *Cleo.* No puedo,
que Antonio, que es dueño mio,
me ha puesto en el alma hierros.

Ota. Qué te ha hecho tu fortuna?

Ire. Tu castidad, qué se ha hecho?

Ant. Pues como he de ser dichoso,
si he confesado que quiero?

Cleo. Como ha de tener templanza,
quien tiene conocimiento?

Ota. Mía seras. *Cleo.* Soy de Antonio.

Ire. Sígueme. *Ant.* Morir deseo.

Cleo. A Dios, Antonio.

Ota. No le hables.

Ant. Cleopatra.

Ire. Quexaste al viento.

Ota. Yo te diré su valor.

Ire. Yo sabré templar su incendio;

Cleo. No dudes de mi constancia.

Ant. No tengas de mi celos.

Ire. Cuchillo hai para esta injuria.

Ota. Puñal hai para este esfuerzo.

Cleo. Tuya soy, esposo mio.

Ant. Tuyo soy, infeliz dueño.

*Vanse Antonio, è Irene por una parte, y los
dos por otra.*

Dent. Cap. Vaya el gallina â la Playa,
que en el rancho no ha de estar,
vayale el galgo â cazar.

Sale Cayman.

Cay. Vaya norabuena. *Cap.* Vaya,
vaya el que huyó en la presencia
de todos. *Cay.* Señores, quedo,
tomé

roné por purga ruiniedo,
y diome luego cencencia.

Cap. La liebre vayale al prado,
que alli ay bien donde correr.

Cay. Por ello no puede ser
un hombre de bien Soldado.

Señores, no hui de vicio,
y culparme no es razon,
estaba un poco hobachon,
y fuime a hacer exercicio.

Cap. Ha señor Soldado bromas.

Cay. Señores Soldados nuevos.

Cap. Pongame aqui un par de huevos.

Cay. Si huié, como le los coma.

Cap. Huya usted. *Cay.* Ya tengo cuenta:
de esta playa quierirme.

Cap. Señor Cayman, quiere huirme
una batalla a las treinta?

Salta montes. *Cay.* Qué me quieris?

Cap. Salta montes. *Cay.* Bueno está,
este mi nombre sera,
para mientras yo viviere.

Con miui honrado renombre

de esta batalla he quedado:

desdichado del Soldado

á quien le ponen un nombre!

Pan un Soldado fidió,

y á un amigo miui seguro

le dixo: Teneis pan duro?

Panduro se le quedó.

Dió con un chuzo un Soldado

á otro un golpe; y otro habló:

Con la punta, y dixo él: No,

con la porra le he pegado.

Y fué tan grande la zorra

que todos con él tomaron,

que desde alli le llamaron

á una voz: Daca la porra.

Entro por aqui, por ver

si aqui no foi conocido:

gente viene, y ay gran ruido.

Escondese, salen Lepido, Lelio, y Otavio
Capitan.

Lep. De esta manera ha de ser,
atentamente escuchad.

Cap. Lo que intentas no sabré?

Lel. Habla. *Lep.* Yo os lo contaré,
piñad quedo, y escuchad:

Ya sabeis que Marco Antonio

me vencio en el mar salado:

y ya sabeis que por tierra

Triunphó de Antonio Otaviano;

Ya sabeis que quise á Irene.

Lel. Fue influencia de los Altros.

Lep. Pues viendo que ella dei precia

un amor que ha tantos años,

que es roca á su resistencia,

y á su constancia peñalco,

vengo á hacer el mayor hecho,

que en hojas de bronce, y marmol

a la memoria esculpieron

Scipiones, y Alexandros.

Cap. Vienes a robar á Irene!

Lep. Ya mi amor esta templado,

y no quiero yo muger,

que solicite otros brazos;

que quando llegue a los mios,

si se acuerda del que ha amado,

sera forzoso el cariño,

y violento el agasajo.

Lel. Qué intentas. *Lep.* Vengarme della,

y vengarme de Otaviano;

de él, porque le dió á tu hermana

de ella, porque ha despreciado

mis finezas. *Cap.* De qué suerte?

Lep. Piñad quedo, y venid. *Lel.* Vamos.

Lep. Yo he de librar á Cleopatra,

y á Marco Antonio, si él hado

me permitiere benigno

ver mis intentos logrados.

Cap. De qué suerte? *Lep.* A esse Castillo

donde Irene está apostando

un ruego á una resistencia,

y una constancia á un agrado,

embie un Soldado esta noche,

que atrevidamente cauto

le diese á Antonio un papel,

donde digo, que le aguarde

en el mar con una Nave,

en que le ofrezco el amparo

de un amigo, si ay amigos

para un hombre desdichado,

Joyas le embie tambien,

por si con ellas acaso

pudiesse doblar las guardas!

Y otro papel he embiado

á Cleopatra, y un veltido

de hombre, con que disfrazando

la voz, y el traje, podra

huir desde el monte al prado.

Cap. Qué intentas asis! *Lep.* Intento,

que ni Irene, ni Otaviano,

ni el logre aquel Erna ardiente,

ni ella aquel volcan elado.

Para que todos á un tiempo
una experiencia tengamos,
del fuego ella, en que me quemó,
y el del yelo, en que me abráto,
yo de una venganza honroia,
y porque no sean entrambos,
Cleopatra tan infeliz,
ni Antonio tan desdichado.

Zel. Sabe Cleopatra, que á Antonio
avilaste? *Lep.* Ya han llegado
las dos elpias, y dicen
que ya á los dos avilaron:

Zel. Saben el luto en que aguardas?

Lep. Si laben; con cien Soldados
tu Antonio espera en el margen,
que riega este arroyo manso;
y tu puedes á Cleopatra
esperar con otros tantos,
que yo parto á prevenir
la Nave. *Cap.* Pues qué esperamos?

Zel. A obedecerte partimos.

Cap. Ley es en mí tu mandato.

Zel. Debate Egypto este triumpho.

Cap. Debate Roma este aplauto.

Lep. De Irene me he de vengar.

Zel. Vengas áte de Otaviano.

Vanse los tres.

Say. Qué he de hacer de este secreto,
que le tengo atravesado
en el corazon, y esta
dando en el pecho mil saltos
por salirle; pero yo
havia de ser hilvato?
Ser ladron, vaya, que en fin,
es oficio áprovechado;
ser gallina no es peor,
que como un hombre sea sano,
aunque ande con mil valientes,
vivirá ducientos años.
Pero soplón, esto no,
alla te lo aya Otaviano,
con sus celos se lo coma,
huyan los amantes caros,
que todo lo que es huir
quando sea necesario,
me parece á mí de perlas,
de diamantes, y topacios.
Aora bien, en este suelo
(pues que la noche ha cerrado)
presumo dormir aora
tan tendido, como largo:
Que mi Sargento me ha dicho,

que me he de hacer la posta al quarto
poltrero, yo quiero aora
dormir en todo este ochavo.

Aquí en la playa del mar
tengo de alentar mi rancho,
que corre aquí un vientecillo,
tanto como yo, y es harto.

Sueño de marido pobre
tengos; aora bien, durmamos,
que yo he cobrado ya fama
para estar durmiendo un año.

*Sale Cleopatra con un vestido de hombre
debaxo del brazo en lo alto de
un peñasco.*

Cleo. Con lo obscuro de la noche
de esta tierra de Otaviano,
sin que tu oído me atienda,
he salido á este peñasco
á ponerme este vestido
de hombre, que Lepido ha emb. ado.
Qué callada está la noche!
el inquieto mar, qué manso!
esta maleza, que obscura!
todo aquel monte, qué opaco!
Como me podré librar?
siirme en este trage aguardo,
no podré, que esta cubierto
de centinelas el campo.
Si aquí me estoi, es posible,
que si despierta Otaviano,
se malogre mi esperanza:
qué hare, Cielos soberanos,
pues tan cerca de la dicha,
y lexos del bien me hallo?

Sale el Capitan.

Cap. Aquí pienso que baxó
Cayman, y aunque le he avisado,
que ha de hacer posta, sospecho
que se avrà ido: roncando
está en la playa: ha Cayman?

Cay. Quien me llama? *Cap.* Yo le llamo:
venga á hacer la posta. *Cay.* Posta?
tan bien como todos la hago,
quando me importa. *Cap.* Así es:
Pero venga á hacer el quarto
de la modorra. *Cay.* Qué nombre
es el que me da? *Cap.* Otaviano.

Cleo. Otaviano dió por nombre.

Cay. Ea vamos, señor. *Cap.* Vamos,

Cay. Si á hacer la modorra voi,
yo me dormiré en llegando.

Vanse los dos.

Cleo,

Cleo. Parece que mas propicio
quiere socorrerme el hado,
pues sé el nombre: sin mudarme
en el traje de hombre, baxo,
y probare esta fortuna;
sedme favorables, Altros.
El sueño a Otaviano ocupa,
pues con este nombre, en tanto
he de libertar un alma;
noche, infundidle letargo. *vase.*

Sale Marco Antonio.

Ant. Venció a las guardas el oro,
sali del Castillo al campo,
que el oro es llave, q̃ ha abierto
los Alcazares mas altos.
En este monte ha de estar
con cien Soldados Otavio,
esperando a que yo logre
este ardid: valor, huyamos.
Que obicura hace la noche!
si leer procuro los rayos
de la luz que escribió el Sol,
no le vé en el aire un ratgo.
En el mar, el prado, el monte
la sombra le ha amontonado,
y el concurto de las sombras
busca su primero caos.
Por donde podré pasar
a aquel monte: que he pensado
que las centinelas mudas
han de corregir el passo.
Buscar por aqui procuro
una fenda. *vase.*

Sale Cleopatra por el monte.

Cleo. Mar salado,
acojeme en tus espumas,
halle en tus aguas amparo
una infelice muger.
Baxe con el nombre al prado,
dieronme passo las poltas,
y a la tercera llegando,
pidió el nombre: yo, que apenas
voi a pronunciarle, tardo,
y respondo: Marco Antonio,
yendo a decir Otaviano.
Que como esse nombre estaba
en mi memoria gravado,
me olvidé del que aborrezco,
y repetí el que idolatro.
En el puse la esperanza,
quando este fuego disfrazo,
y de amor la calentura

fallóle en voces al labio.

Dent. Cleopatra ha salido al monte,
seguirla todos, Soldados.

Cleo. Todo el campo me ha sentido,
y ya despierto Otaviano
sale de la selva al monte.
Este el hecho mas extraño
ha de ser, que ayan oido
los Egypcios, y Romanos.
Vaya esta para la mar.

Arroja la ropa y una basquiña al mar.

Ya arrastro un amor profano;
vaya a la mar este adorno
instrumento de mis daños;
sea este puñal aqui

Clava el puñal en la arena.

de mi ruina aparato,
y oiga el mundo mi constancia,
De esta manera, tyrano.
no podrás lograr tu amor:
recíbame el mar salado
en sus salobres entrañas,
y no me goce Otaviano.

Hace como que se arroja, y entrase.

Dent. *Ota.* Cleopatra al mar se arroja;

baxad todos. *Sale Ant.* Ay de mi!
la voz de Cleopatra oí,
ó el oido me engañó.

Si su amor constante, ó ciego
le quito precipitar,
porque apague todo un mar
lo que encendió todo un fuego.
Ciertas, como son mis males,
mis evidencias serán,
que sin que ayan viento, están
moviendose los crystales.

Dent. *Ota.* En el mar esta sin duda,
de la tienda se ha arrojado.

Ant. O quien se huviera quedado
solamente con la duda!

*Sale Otaviano, y el Capitán con una
bacha encendida.*

Ota. Venid a la playa. *Cap.* Vamos.

Ota. Que aun no avrà mucho imaginó!

Ant. Segunda vez me destino
al abrigo de los ramos. *Escóndese.*

Desde aqui escuchar podré,
ó mi victoria, ó mi muerte,

Ota. Ay mas infelice suerte!
sobre la espuma se vé
su veltido, y el cenital,
que fue nube a su hermosura,

Cap. Sobre esta lancha procura
manifestar el crystal
del abyfmo. *Ora.* Pues entremos,
dexate esta antorcha aquí.
muerta es Cleopatra (ay de mí!)
pon á la lancha seis remos,
busquemosla de esta fuerte.

Cap. Pues entra en la lancha.

Ora. Ven.

Vanse, y dexan una tea encendida:

Ant. Tuve un bien, y fue aquel bien
una señal de mi muerte.

Ya murió Cleopatra bella;
ya el mar la avra sepultado,
ya no soy mas desdichado,
que ya feneció mi Estrella.

Un bulto en el agua miro,
ya aora es fuerza templar,
porque no se inquiete el mar,
el viento con que suspiro.

Olas, mi amor ayudad,
haga mi piedad su oficio:

*Entra en el vestuario, y saca una topa
de Cleopatra.*

iba á buscar un indicio,
y encontré una realidad,
Solo me dió la mar pura,
por señal de que murió,
este adorno, que sobró
a su infelice hermosura.

Dent. Ora. No parece. *Ant.* O dolor
imposible de escuchar!
mas feliz que yo es el mar,
pues la ha guardado mejor.
Busqué en el mar los despojos
de una desdicha tan cierta,
ya sé que si ella está muerta,
que no la errarán mis ojos.

*Mira al vestuario, entra, y saca unos
cabellos.*

Ay mi Cleopatra! ay luz mía!

No parece en el abyfmo:

estatua tó de mi milino:

O exemplo de Alexandria!

O prodigio varonil

del mas portentoso amor!

anegada, y múltia flor

en las lluvias del Abril!

Otro exemplo tó igual,

y pues vivir es morir,

contigo voy á vivir

en el aire crystal,

Pero mas mi pasión yerra,
yo proprio me he de matar:
da tu un exemplo á la mar,
y yo le daré á la tierra.

Ay esposa! ay firme amor!
ea, darme la muerte quiero;
no traigo conmigo azero,
pero ya traigo dolor.

Un sudor me cubre elado;
y antes que muera, pues muero,
ir a que me maten quiero
los Alpides de este prado.

Va á entrar, y topa la daga de Cleopatra.

El prado un azero fiero
ha producido a mi pena:
lagrymas sembré en la arena,
y ella produjo un azero.

Toma el azero:

Esta es la dicha primera,
que dió mi Estrella importuna;
no es poco que la fortuna
me aya dado con que muera.
Cleopatra, luz á quien sigo,
aunque yo soy mi homicida,
oy ha de empezar mi vida,
pues voy á morir contigo.

Escribe en la arena.

Dé la arena testimonio
de mi mas felice suerte,
mi vida etcribió en mi muerte:

Aquí vive Marco Antonio.

Peñasco azul, parda arena,

Cielo, ayre, mar espumosa,

clavel, galan de la rola,

jazmin, que amas la azuzena,

Clicie, que al Sol enamoras,

Aguila, que al Sol te atreves,

Garza, que los vientos bebes,

Tortola, que tu amor lloras,

pezes, que el mar discurreis,

ñeras, que el monte habitais,

nubes, que el ayre ocupais,

peñas, que mi mal sufris,

todos dareis testimonio

al que este amor no creyere,

que aquí Marco Antonio muere,

y aquí vive Marco Antonio.

Dése una puñalada, cae muerto, y sale

Cleopatra medio desnuda.

Cleo. Fingí que al mar me arrojaba,

y en una gruta silvestre

(bostezo que dió la tierra

de perezosa, ô esteril)
he citado hasta ahora ocultas;
y porque todos creyessen,
que di en el mar, un peñalco,
para que en las aguas luenen,
arrojé del monte al mar:

y para que me creyessen
esta seña de mi vida,
para indicios de mi muerte;
esta defendida playa
de tantos arboles verdes,
á mi libertad deicada
seguridades ofrece:

porque los Soldados todos,
y Otaviano, que los mueve,
buscan por el mar indicios
de mi ruina aparente.

Aquí Marco Antonio vive,
dixo el aire, ô es, que quier
lisonjear el oído

los vientos, que al Alba crecen:

Don. Iren. Antonio huyó del Castillo,
seguidle todos, no quede
senda por todo este monte,
que el cuidado no penetre;
Lepido le habrá amparado.

Cico. La voz es esta de Irene;
Antonio huyó del Castillo,
pidanme albricias las fuentes;
viva mi esposo, y yo muera,
veré si la arena tiene
de sus plantas estampada
la seña; aquí parece,
que varias plantas pisaron
este nunca hollado alvergue.
El huyó con los Soldados
que le esperaban, oy quiere
mi ya marchita esperanza
volverle á vestir de verde.
Volverlas quiero á mirar;
esta playa, á quien rebelde
en la brevedad de un día
el mar castiga dos veces,
sobre la no seca arena
gravada una línea tiene,
que conserva la humedad,
que le dexó la creciente.

Lee. Aquí Marco Antonio vive
(dice) seas segundo Phenix,
que quando en mi llama mueras,
tu misma vida te herede.
Albricias me pedid, flores;

estos funestos Cypreses,
en vez de esteriles frutos
produzgan flores alegres.
Callad, agoreras aves.

Toma con Marco Antonio.

pero en esta margen verde,
á quien este manio arroyo
de tanto aljofar guarnece:
yerto un cadaver distingo,
la sangre aun corre caliente,
para que la seca arena
de rojo coral se riegue.
Ver quiero si con la antorcha,
ô bien yace, ô bien fallece:

Toma la antorcha, y mirale.

Valgame el Cielo, que he visto!
infelice yo mil veces,
que para herir con los males,
me han amagado los bienes!
Mi bien! mi esposo! señori!
mal haya el acero alevé,
que tu pecho de jazmines
le marizó de claveles;
al Sol que hermoseó la tierra,
ô por claro, ô por ardiente,
de la Luna le ecliparon
las turbias amarilleces.
Este es mi acero; hai demi!
tu te has dado á ti la muerte,
mi quexa al monte lastime,
mi voz en sus ecos quiebre,
y de mi fatal estrella
fieras, y hombrés se lamenten.

Eche se en la arena.

Leona soi, que á bramidos
dar otra vida pretende
al hijuelo, que en la gruta
toda la arena enrojece.
Quebrado espejo, en quexa ya
verle mis ojos no pueden,
Leona soi, oye mi voz,
si tiene oídos la muerte.
Desde mi pecho á mi labio
mi quexa se desconcierte,
porque á este roto instrumento
todas mis voces disluenen.
Contigo quiero morir,
Antonio, que es muy decente,
pues nos dió un aliento vida,
que un sepulchro nos celebre,
Hermosa Corte del Cayo,
que de piadosa, ô de fértil,

porque entre flores descanfen,
 Alpides sangrientos meces,
 permite una de tus flores?

Toma una flor, y quita della un Aspid.

Flor, permite que despierte
 un Aspid solo de quantos
 à tu encanto se adormecen.

Aspid, si hambriento te nombran,
 en mis roxas venas prende,
 porque hijo de mis iras,
 de mi sangre te alimentes.

Ponese un Aspid en un brazo, y otro.

Cumplate la maldicion
 de aquella muger, y lleguen
 à apasionar mis lamentos
 los oidos mas rebeldes.

Lepido. Irene, Otaviano.

Salen Lepido, Irene, Otaviano, Lelio,

Cayman, y todos.

Oia. Quien me llama?

Ire. Que nos quieres?

Ceo. Ya Marco Antonio murió,
 y ya Cleopatra fallece.

En el jazmin de mis brazos

Corre sangre de los brazos:

ya el Aspid rustico muere:

Antonio fue la luz mia,

y al soplo del Auliro leve

se quedo en negra pavesa
 la que era reliquia ardiente.
 Irene, ya te has vengado;
 aves, fieras, montes, peces,
 ved este extremo de amor,
 la edad esperada cuente
 el exemplo mas constante,
 que dio el bronce a los cinceles.

Tuya soy, Antonio mio,
 con parafismos anhele
 esta llama, à quien le falta
 materia en que se alimente.
 Yo muero, y muero de amor,
 volved à llorar, cypreses,
 haganme exequias los mares,
 corran lagrymas las fuentes,
 y todos a una voz digan,
 quando mi ruina cuenten,
 que aqui murió Marco Antonio,
 y que aqui Cleopatra muere.

Cae muerta sobre Marco Antonio.

Lep. O, amante el mas infeliz!

Ire. En él mi amor escarmiente:

Oia. Y aqui la Comedia acaba,
 si acaso perdon merece
 el Ingenio que la ha escrito,
 hacedle el favor que siempre.

F I N.

Con licencia : En Sevilla , por JOSEPH
 PADRINO, en calle Genova.